

Carballo, Carlos Alberto

*Las ilusiones perdidas. Ensayo sobre el siglo XX
en la Argentina*

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor y de la editorial para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Carballo, C. A. (2011). *Las ilusiones perdidas : ensayo sobre el siglo XX en la Argentina* [en línea]. Buenos Aires : Educa. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/libros/ilusiones-perdidas-ensayo-argentina-carballo.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar al finalizar la cita la fecha de consulta. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

LAS ILUSIONES PERDIDAS

Ensayo sobre el siglo XX en la Argentina

Carlos Alberto Carballo

The Beach Hotel

Oh, look, the ship is sailing without us! And the wind
Is from the east, and the next ship leaves in a year.
Let's go back to the beach hotel where the rain never stops,
Where the garden, green and shadow-filled, says, in the rarest
Of whispers, "Beware of encroachment". We can stroll, can visit
The dead decked out in their ashen pajamas, and after a tour
Of the birches, can lie on the rumpled bed, watching
The ancient moonlight creep across the floor. The window panes
Will shake, and waves of darkness, cold, uncalled-for, grim,
Will cover us. And into the close and mirrored catacombs of sleep
We'll fall, and there in the faded light discover the bones,
The dust, the bitter remains of someone who might have been
Had we not taken his place.

Mark Strand

El hotel de la playa

Mira, el barco ha partido sin nosotros! El viento
Es del este y el próximo barco parte en un año.
Volvamos al hotel de la playa donde la lluvia nunca para,
Donde el jardín, verde y lleno de sombras, dice, en el más raro
Susurro, "Cuidado con la intrusión". Podemos deambular, visitar
Los muertos en sus pijamas de fresno y luego de un paseo
Por los abedules, podemos recostarnos en la arrugada cama, mirando
La antigua luz de la luna arrastrarse a través del piso. Las hojas de la ventana
Se sacudirán y olas de oscuridad, frías, no llamadas, torvas,
Nos cubrirán. Caeremos en las cerradas y espejadas catacumbas del sueño
Y allí, en la pálida luz, descubriremos los huesos,
El polvo, los amargos restos de alguien que hubiera sido,
Si no hubiéramos tomado su lugar.

[Traducción propia]

Notas para el Análisis de la Argentina Frustrada

Anywhere you can see part of it
Nowhere you can see all of it
Del "Bosco della Ragnaia"

La celebración del Segundo Centenario de la Revolución de Mayo encontrará a los argentinos de un talante muy distinto a aquel con que celebraron el Centenario. Aquél quiso ser la apoteosis de una Argentina segura de sí misma, orgullosa de los logros que la habían transformado de un suburbio del Imperio Español en la más exitosa de las Repúblicas nacidas de la Independencia.

No podremos sentirnos hoy así. La historia de estos cien años es la historia del fracaso de la Argentina en completar el proceso de modernización de su sociedad y de su economía. En la lograda expresión de Halperin Donghi "La República Verdadera" no logró culminar el proceso que la "República Posible" parecía haber logrado encaminar.

Las causas de este fracaso han sido y son objeto de análisis desde los más diversos ángulos, tanto por los argentinos como por estudiosos extranjeros que encuentran en este caso de involución, curioso al menos durante el siglo XX, materia interesante para la demostración de las más diversas posturas ideológicas.

Claro está que todo esto ha llevado a los argentinos a reflexiones sobre sus problemas. Es más, en los últimos tiempos el tema ha desbordado a los sociólogos y a los economistas para ser motivo de literatos y periodistas.

Las opiniones más populares adjudican la culpa a los políticos ladrones, traduciendo a nuestro medio el dicho italiano 'piove, governo ladro', o a factores externos como el imperialismo, las empresas extranjeras y la política comercial agrícola de los países centrales o tal vez al egoísmo del capital argentino. En general todas causas que alejan de uno mismo la responsabilidad por nuestro destino. Muy sistemáticamente la opinión pública argentina sigue la conducta que tan bien define Toynbee: "Una de las debilidades constantes de los seres humanos es atribuir los fracasos propios a fuerzas que están totalmente fuera de su control".

Los economistas han centrado sus explicaciones en políticas económicas equivocadas, en el proteccionismo agrícola vigente en el mercado internacional, en el populismo originado en el primer gobierno peronista, en el cierre de la economía a partir de la gran depresión, en el agotamiento de la expansión horizontal de la agricultura a partir de la Primera Guerra, en la inestabilidad de las políticas económicas, en las bajas tasas de ahorro interno, en la persistencia de la fuga de capitales, en los continuados desequilibrios fiscales y en las altas tasas de inflación predominantes durante buena parte del siglo.

Las causas de la declinación son adjudicadas de acuerdo al marco ideológico de análisis e incluso el momento del comienzo del proceso de declinación es fuertemente discutido. Esta elección del tiempo en que la economía argentina comienza su declinación relativa está indisolublemente ligada a la causa que se elige como determinante.

Sin duda que hay mucho de cierto en estas observaciones pero no surge de ellas una explicación consistente.

Reconociendo que los errores o las falencias de la política económica practicada y su inestabilidad tienen un rol central en la historia de la decadencia argentina surge una pregunta: ¿por qué un país que contó con economistas y pensadores competentes ha cometido tantos errores en la definición de sus políticas?

La elección de políticas no es una actividad puramente intelectual sino eminentemente política. Se desarrolla en la realidad del acontecer social entre grupos de interés con diversas capacidades de movilización y sujeta al impacto de la opinión pública y en definitiva a los procesos electorales. No es entonces neutra sino socialmente condicionada y muy dependiente de la estructura económica social y política preexistente.

Cabe aquí recordar que el análisis económico describe las causas inmediatas, directas del acontecer, pero que tras ellas hay otras que explican la reacción social y política frente a los problemas que el devenir económico plantea.

Surgen entonces diversas explicaciones de carácter institucional o cultural, especialmente a partir del auge de esas escuelas en la interpretación de la historia económica.

También aquí el espectro de opiniones es amplísimo. La influencia del legado colonial, la concentración de la propiedad de la tierra, una estructura de clases inadecuada, la falta de un liderazgo eficiente, la situación de

dependencia de la economía argentina, en suma la incapacidad para crear las instituciones económicas y políticas eficientes.

También aquí, en menor o mayor grado, hay semillas de verdad en muchas de estas explicaciones que no alcanzan a explicar cada una de las etapas de este largo proceso.

Hemos visto como la identificación de una causa singular que explique que la evolución argentina haya sido inferior a la posible, y sobre todo a la esperada, no parece labor fructífera.¹ Sin embargo, el camino que hemos seguido tiene que haber estado determinado por la sociedad argentina y por su reacción a la marcha de los acontecimientos mundiales, tanto militares como políticos y tecnológicos.

Es interesante recordar que la conformación de la sociedad y de sus instituciones no han estado congeladas en el tiempo sino que se han modificado sucesivamente al calor de los cambios que la economía trajo a la estructura ocupacional, los que la extensión de la educación provocó y los que la explosión de las comunicaciones trajo a las ideas y al imaginario social.

Esas modificaciones no parecen haber sido respuesta eficiente a la adecuación de la sociedad argentina para el crecimiento económico y el desarrollo social, que se ha alejado cada vez más de aquel promisorio escenario que, alguna vez, no sólo se deseó, sino que se juzgó posible; si el sentimiento de frustración colectiva no es mayor es porque venimos revisando hacia abajo las expectativas de nuestros abuelos.

Tiene que pensar que en cada etapa la conformación económica, social, y política que viene del pasado no empuja a rectificar errores sino a cometer otros nuevos. Nos viene el recuerdo de la llamada “maldición de los recursos naturales” que no es otra cosa que la constatación de que la existencia pléutica de los mismos ha sido muy poco funcional para construir sociedades que resulten aptas para generar riquezas a partir del trabajo y de la inteligencia humanas.

Nuestro objetivo no es entonces la búsqueda de esa causa primaria, unigénica. Trataremos en cambio de hacer un recorrido que nos ilustre sobre las características de esa sociedad argentina, no centrado en una descripción de los vericuetos que conforman su vida política y sus cambiantes políticas económicas, tareas éstas sin duda muy frecuentadas, sino en recordar aquellos aspectos que han caracterizado a las distintas etapas.

Tal vez ello nos dé claves de la conducta de la política y del porque la elección de opciones de política económica que resultaron ineficientes para asegurar el crecimiento futuro. Dejaremos de lado el siglo XIX porque las transformaciones operadas en la economía y en la sociedad argentinas entre 1880 y 1910 establecen una ruptura

Parece entonces oportuno comenzar revisando qué era aquella Argentina del Centenario, qué se ocultaba tras la próspera fachada, cómo estaba compuesta su población y cómo estaba distribuida sobre el territorio, cuántas profundas divisiones ocultaba. Cómo estaba organizada su economía y su política, cuáles eran las causas de la relativa riqueza del país y sus debilidades, cuál era el real nivel de educación de los argentinos y cuál la real situación social subyacente. No menos importante: qué pensaban los argentinos, cómo se veían a sí mismos y al mundo.

Como también Halperin Donghi lo expresó elocuentemente: “cualesquiera que sean sus otros logros no puede decirse que la etapa de la economía exportadora haya preparado adecuadamente a la Argentina para afrontar los complejos desafíos de las que iban a seguir a la depresión”

¹ Eduardo Miguez, El Fracaso Argentino, en Desarrollo Económico nro. 176 – Enero-Marzo 2005

Capítulo I - La Argentina del Primer Centenario

Visión de la Argentina

Es oportuno comenzar nuestra reflexión con un análisis de quiénes éramos y cómo era la Argentina entonces.

Es tentador citar algunos párrafos que dan el tono de la imagen que transmitíamos y que íntimamente sentíamos.

A fines de 1904 Carlos Pellegrini visitaba los EEUU y en su correspondencia decía: "Para un argentino que viaja por Estados Unidos, todo lo que ve y observa provoca inmediatamente un juicio comparativo entre ese pueblo y el nuestro. Es que estamos examinando lo que reputamos nuestro modelo: es que nuestro ideal nacional es ser mañana lo que este pueblo es hoy y ocupar algún día en el planeta la posición que él ya ha conquistado"². Sería hoy muy difícil expresar las aspiraciones que con naturalidad el Presidente Pellegrini describía en 1904.

Decía Alfonso Reyes en 1917, en un comentario a opiniones de Ortega y Gasset que: "La Argentina es la morada de las Gracias americanas. De las gracias, como la definen los modernos mitólogos: el espíritu de los deseos realizados. La Argentina es la tierra de la felicidad gratuita: una gracia son todas sus virtudes y sus riquezas, y allí la felicidad se reparte gratis"³.

Para la misma época, 1920, Carlos A. Tornquist opinaba: "Si la importancia económica de un pueblo debe medirse por sus progresos, la República Argentina es uno de los pueblos de mayor poder económico. Su desarrollo en los últimos cincuenta años demuestra que su suelo, su raza, sus ideales, su organización social, política y económica, harán de ella, dentro de pocos años, una de las naciones poderosas de la tierra"⁴.

Aún descontando cierta socarronería en el mexicano Reyes y cierto afán propagandístico de la Casa Tornquist, no cabe duda de que esas expresiones hoy no podrían ser dichas sin ser calificado de demente. Este espíritu de satisfacción y confianza fue muy extendido y penetró hondo en la psicología de los argentinos.

Veremos más luego que no todos vieron la realidad con ojos tan satisfechos y que algunos, especialmente andando el tiempo, supieron ver las fracturas y defectos de esa realidad. Pero no tuvieron la difusión ni la influencia que sí tuvo esta opinión de autosatisfacción en la que los argentinos se complacían.

La euforia estaba basada en el recorrido del último medio siglo. En ese período la Argentina había crecido mucho. Si ordenamos por tamaño las economías del mundo en 1870 la Argentina ocupaba el puesto 42. En 1914 ya estaba en el puesto 15. Su producción en 1870 era el 0,21% del total mundial y para 1914 representaba el 1,06%.

El producto argentino creció entre 1870 y 1913 del 2,39% del norteamericano al 5,62% del mismo. En relación al resto de América Latina la evolución había sido aun más notoria. De representar en 1870 el 10,65 del producto de los 8 países grandes de América Latina pasa en 1913 a representar el 28,65%.

En cuanto a la riqueza por habitante, a pesar del vertiginoso crecimiento de la población, los resultados también eran notables. De ocupar el puesto 18 el rango de países por riqueza per capita va a ascender al puesto 10.

En 1870 el Producto per capita ascendía a la mitad del norteamericano y a dos tercios del europeo occidental. En 1913 ya superaba el 70% del norteamericano y era superior al europeo en casi el 10%.

Este vertiginoso crecimiento no sólo se apreciaba en los números. El volumen de obras públicas y privadas, el crecimiento de las ciudades, de las comunicaciones y de los servicios públicos se percibía a simple vista.

Esto era doblemente cierto porque la característica del desarrollo lo concentró en la pampa húmeda. Si tuviéramos cifras desagregadas por provincias seguramente los resultados de las provincias del litoral serían aún mucho más notables. Nótese que más del 87% de los inmigrantes, que como veremos luego fueron un

² Carlos Pellegrini, Obras, Pablo Coni 1941

³ Alfonso Reyes, Obras Completas IV, FCE 1980

⁴ Ernesto Tornquist y Cia Ltda., El Desarrollo Económico de la Republica Argentina, Buenos Aires 1920

factor central del proceso de crecimiento, se radicaron en las cinco provincias litoraleñas y en la Capital Federal.

Este vertiginoso crecimiento sólo fue posible con un inmenso traslado de factores de producción. El ingreso de capitales extranjeros tanto en forma de préstamos como de inversión directa y el ingreso masivo de inmigrantes fueron indispensables para la rápida puesta en explotación de la pampa húmeda que las nuevas condiciones en la tecnología y la baja en el costo de los transportes hacían posible.

Es en estos años que se forja la estructura económica y social del país que evolucionará, andando el tiempo, partiendo de este punto de arranque. Vale entonces la pena que dediquemos tiempo al análisis de cómo había cambiado la Argentina, cuáles eran sus realidades económicas, sociales y políticas luego del enorme influjo inmigratorio, de la enorme inversión extranjera y del progreso económico del período.

La Población

El primer censo nacional realizado en 1869 nos informó que vivían en el territorio argentino 1.737.076 personas de las cuales un 12,1% eran extranjeros.

La Ciudad de Buenos Aires concentraba ya el 12,9% de la población y el 48,1 de los extranjeros residentes. Sumándole la población de las provincias del litoral alcanzamos al 60,9% del total y al 91,8% de los extranjeros residentes.

Se aprecia que el proceso de concentración de la población en el litoral y en la Ciudad de Buenos Aires que habría de continuar con fuerza en los años siguientes ya estaba en marcha; recordemos que en 1810 menos de la tercera parte de la población habitaba el litoral. La inmigración se establecía en el litoral y preferentemente en sus ciudades. Las demás provincias perderían relativamente importancia en la población total al no ser recipientes de inmigración e inclusive al proveer habitantes adicionales al litoral a través de migraciones interprovinciales. Los perdedores serán fundamentalmente el Noroeste y en segundo lugar el Centro oeste.

El tercer censo nacional de 1914 nos ofrece un panorama mucho más avanzado de este proceso. La población total del país ha crecido a 7.885.237 personas. La tasa de crecimiento fue relevante, casi un 3,5% anual. En forma directa la inmigración explica el 36% del incremento. Sin embargo en un lapso de 45 años los hijos de extranjeros explican un porcentaje adicional que no ha sido medido pero que seguramente fue muy importante.

Esta llegada de inmigrantes, que se interrumpe durante la I Guerra Mundial pero continuará con fuerza hasta el estallido de la crisis de 1930, resulta un hecho inédito. Ningún país recibió una inmigración de tal magnitud en proporción a su población original como la Argentina en este periodo.⁵

Los Estados Unidos, el mayor receptor de inmigrantes, fue relativamente menos afectado por la inmigración dado el mayor tamaño de su población original. En ningún momento la población americana contuvo mas de un 14,4% de extranjeros porcentaje que la Argentina mas que duplico y por un período mas largo.

Si tenemos en cuenta que el fenómeno se concentró en el litoral, que hacia mitad del siglo XIX tenía alrededor de la mitad de la población total, sus efectos sobre la conformación de nuestra estructura social se magnifican. En la Ciudad de Buenos Aires durante los 60 años que median entre 1869 y 1930 alrededor de la mitad de la población había nacido en el extranjero y en las Provincias de Buenos Aires y de Santa Fe los nacidos en el extranjero se acercaban a la tercera parte de los habitantes.

La Ciudad de Buenos Aires comprendía el 25,4% de la población total y el 40,6% de los extranjeros. En conjunto el litoral abarcaba el 76,9% de la población y el 87,1% de los extranjeros. A esta altura el 30% de la población del país era extranjera.

Quiénes eran estos inmigrantes. El censo de 1914 nos dice que el 40,6% eran italianos, el 36% españoles y el resto compuesto de porcentajes muy menores de rusos, franceses, sirio-libaneses, alemanes, austrohúngaros y suizos. Debe destacarse que ya entonces el 8,1% de los inmigrantes lo eran de países limítrofes.

Los inmigrantes eran adultos y como consecuencia de ello durante 60 años el 70% de los habitantes porteños mayores de edad fueron extranjeros. En las provincias del litoral esta proporción fue del 50%.

⁵ Gino Germani, Política y Sociedad en una Época de Transición, Paidós 1966

En un interesante trabajo Zulma Recchini de Lattes ha estimado que más del 50% de la población argentina se explica por la inmigración y sus descendientes. Si observamos que casi el 90% de los inmigrantes se ha radicado en el litoral y en el sur y dada la distribución espacial de la población argentina, podemos estimar que en el litoral y en el sur más del 60% de la población tiene origen en la inmigración y que en el resto del país menos del 20% de la población tiene ese origen.⁶

José Ingenieros en su "Sociología Argentina" explora la "Formación de una Raza Argentina". Sus cálculos sobre el nivel de mestización de la sociedad argentina anterior a la gran inmigración son totalmente compatibles con estos cálculos.

No es de extrañar entonces que recientes trabajos realizados por el Servicio de Huellas Digitales Genéticas de la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la Universidad de Buenos Aires bajo la dirección del Dr. Daniel Corach hayan identificado que el 56% de la población argentina tiene en sus genes antecedentes amerindios. Teniendo en cuenta la presencia de antecedentes genéticos africanos resulta, de acuerdo a estos estudios, que sólo un 40% de la población tiene un linaje puramente europeo.

Ese influjo de la inmigración en la población tiene que haber sido aún mucho mayor en la Ciudad de Buenos Aires y otras ciudades del litoral como Rosario, especialmente antes de 1930 en que las migraciones internas vienen a reemplazar a las internacionales en el poblamiento de las ciudades pampeanas. Ello es así ya que las estadísticas nos hablan de que la inmigración fue mayoritariamente un fenómeno urbano concentrado en la Ciudad de Buenos Aires y en las demás ciudades del litoral.

No hay duda que éste es el origen del mito de la excepcionalidad argentina: un país blanco, Europa en América Latina.

Por otra parte los inmigrantes eran mayormente varones. Ello llevó a una acusada desproporción entre los sexos, que fue por supuesto mayor donde se radicaron preferentemente los inmigrantes. De allí las tristes historias de la prostitución en Buenos Aires que Albert Londres hiciera famosas en su "Le Chemin de Buenos Aires" y el ambiente enrarecido de las relaciones entre los sexos que Scalabrini Ortiz nos pinta en "El hombre que esta solo y espera" y la letra de los tangos nos describe.

Resumamos la situación. El litoral, y el apenas poblado sur, con una población en vertiginoso crecimiento predominantemente sobre la base de la inmigración reciente de ultramar; las provincias tradicionales del interior con un crecimiento poblacional débil basado en su propia natalidad, con la disminución que la inmigración interna hacia el litoral produjo a lo largo de todo el siglo XIX y XX.

La mitología argentina ve el proceso de asimilación de los inmigrantes como casi inexistente. Sin embargo hay variados indicios de que el mismo, si bien careció de dramatismo, no fue tan fácil.

En primer lugar llama la atención de que para un saldo de algo más de tres millones de inmigrantes la Argentina recibió seis millones de los cuales retornaron a sus países casi la mitad. Si bien existió la llamada inmigración "golondrina" al solo efecto de trabajar en las cosechas, la misma no puede dar cuenta más que de una pequeña parte de estos inmigrantes que retornaron a sus países.

Muchos deben haber sido los fracasos y desilusiones económicas o de integración al medio. Muchos también los que lograron en algún grado el objetivo de "hacer la América", que los había movido a la inmigración, para luego volver a su patria.

El desinterés de los inmigrantes por la política local es también un síntoma de baja integración con el país. Es conocido el bajísimo porcentaje de extranjeros que se nacionalizaron, camino indispensable para una participación plena en la vida política. En 1914 poco más del 1% de los extranjeros residentes se había nacionalizado y aún en 1947, luego de larga residencia local, alrededor del 8% lo habían hecho.

En la ciudades no se constituyeron "guetos" por nacionalidad, más allá de ciertas preferencias - el Once, la Avenida de Mayo, la Boca -; en las Colonias Agrícolas se mantuvo por más tiempo la identificación con el origen. El grado de matrimonios dentro de la misma colectividad fue importante -más del 50% de homogamia- y el fenómeno de las asociaciones con distintos objetos organizadas por colectividad fue una de las características del período.

⁶ Zulma L. Recchini de Lattes, Consecuencias demográficas de los movimientos migratorios internacionales en la República Argentina, 1870-1960, Conferencia Mundial de Población 1965

A qué se dedicaron los inmigrantes. Hacia 1914 los extranjeros eran propietarios del 66% de las industrias, del 74% de los comercios, representaban más del 50% del personal de la industria y el comercio y el 38% del servicio doméstico. En el agro representaban más del 50% de los empresarios dedicados a la agricultura y un porcentaje algo menor de los empresarios ganaderos [recuérdese que el arrendatario es un empresario].

Si bien el origen mediterráneo de la mayoría de los inmigrantes aseguró un amplio campo común de actitudes y creencias no cabe duda que el proceso de asimilación de los inmigrantes distaba mucho de estar concluido en los años que comentamos.

Nótese que aun luego de la sanción de la Ley Saenz Peña que abrió camino al voto masculino generalizado en la Argentina todavía entre el 60 y el 80% de los varones adultos de las localidades más importantes no tenían derecho a voto.

Consecuencias sociales de la inmigración

Una inmigración de las características que hemos descrito difícilmente pudo asimilarse en las estructuras sociales preexistentes, especialmente cuando se daba de consuno con un vertiginoso cambio en la estructura económica y ocupacional.

Este aluvión inmigratorio fue lo suficientemente importante y vertiginoso para que su asimilación a las pautas culturales existentes no pudiera lograrse fácilmente. Por otra parte, dada la naturaleza variopinta de la inmigración y el bajo nivel cultural de los inmigrantes, tampoco lograron ellos imponer a la sociedad sus pautas culturales. Seguramente que desde ese punto de vista la Argentina ha experimentado un largo proceso de elaboración que probablemente no esté ni aún hoy totalmente estabilizado. Los contemporáneos no dejaron de percibir el problema y las reacciones en relación a la inmigración fueron variadas.

En las poblaciones rurales el “gringo” fue recibido con desprecio que ocultaba mal la hostilidad. No podía ser de otro modo: la cultura del hombre “de a caballo” que había soportado por largo tiempo la vida de la frontera no podía compadecerse con la del recién llegado que prosperaba con las mucho más pacíficas tareas de la agricultura y de la ganadería lanar. Por otra parte, el Estado parecía proteger a ese recién llegado, exento de las obligaciones militares, respecto de los antiguos pobladores.

Si bien episodios como la Masacre de Chivilcoy no fueron comunes, las quejas respecto a la seguridad en la campaña de los cónsules extranjeros dan cuenta de las tensiones existentes.⁷

En la ciudad los apodos, turco, tano, gallego, ruso, cuando no gallego ratero, gringo pícaro o turco ignorante, son claramente signos de discriminación y así son leídos por toda la moderna legislación antidiscriminatoria argentina y extranjera⁸. No era exceso de hostilidad pero sí una permanente señalización de las diferencias. No es de extrañar que sus descendientes se hayan alejado tan rápidamente de sus orígenes para integrarse al medio local.

Tampoco sus relaciones con las autoridades estuvieron exentas de problemas. La política criolla estuvo dispuesta a explotar la xenofobia cuando convenía a sus intereses de lo que es un buen ejemplo las dificultades de los colonos en la Provincia de Santa Fe tanto por su interés en el gobierno municipal como por sus simpatías con el partido radical.⁹

Por otra parte, las clases altas que alguna vez habían creído que las ideas de Alberdi plasmadas en el artículo 25 de nuestra Constitución, aún vigente, que obliga al Gobierno Nacional a fomentar la inmigración “europea” por la influencia “civilizadora” que esa inmigración tendría sobre nuestro país, tenía ya ideas mucho menos entusiastas frente a la realidad práctica de esa vertiginosa llegada de extranjeros.

⁷ John Lynch, Masacre en Las Pampas, Emece 2001;

Ezequiel Gallo, Política y sociedad en la Argentina 1870/1916, en Historia de América Latina, Leslie Bethel (Editor) 1992

⁸ Converso, Felix, Un mercado en expansión, Centro de Estudios Historicos Prof. Carlos S. Segreti 2001

⁹ Ezequiel Gallo, Colonos en Armas, SigloXXI 2007

No todos llegaron a expresar conceptos tan duros como los de Miguel Cané o Enrique Larreta¹⁰ o José María Ramos Mexía, pero vale la pena recordar las preocupaciones de Joaquín V. González sobre “la invasión desordenada de lo extranjero” o la muy aguda de Julio Argentino Roca que luego de visitar el Hotel de Inmigrantes se preguntó “qué va a pasar cuando los hijos de esta gente quieran gobernar el país”.

Es importante destacar que la segunda mitad del S. XIX y los años anteriores a la primera guerra mundial fueron en Europa de intensa agitación social. Las ideas de Marx se extenderán por Europa y darán lugar a numerosas iniciativas en lo sindical y en lo político en competencia con otras manifestaciones de socialismo más romántico y espontáneo como las encarnadas en las diversas corrientes del anarquismo.

Los inmigrantes españoles e italianos que en su enorme mayoría eran de origen rural contenían también elementos con experiencia industrial, y en consecuencia sindical, y también es probable que entre ellos llegaran quienes en sus respectivos países sentían más de cerca la represión.

Es interesante notar que a partir de 1882 la legación italiana en Buenos Aires contara con un agente secreto de policía para vigilar estos aspectos “subversivos” de los inmigrantes italianos.

Por otra parte la aparición de una industria fabril de mayor tamaño recrea también en nuestro medio las condiciones que en Europa empujaron a la movilización social. Ocupando los inmigrantes una parte sustancial de la oferta de trabajo en la ciudad de Buenos Aires también van a ocupar una parte sustancial de los esfuerzos dedicados al sindicalismo y a la defensa de los intereses de los trabajadores.

Diose entonces una visión simplista en la que las ideas “subversivas” que conmovían a la Argentina de la época eran un indeseado producto de la inmigración, lo que agregó otro sobretono a esta visión menos complaciente del fenómeno inmigratorio.

Es en este contexto que la sanción de la Ley de Residencia, que permitía al Poder Ejecutivo la expulsión de extranjeros por razones políticas o de agitación social pareció totalmente natural.

La clase dirigente se abocó a buscar los medios para la nacionalización de los nuevos argentinos. Es a través de la escuela pública y del servicio militar obligatorio, creado en 1901, a los que se les definen contenidos fuertemente nacionalistas, que se intenta esta operación.

De todas formas para los observadores agudos éste era el gran problema que la Argentina tenía por delante. Es tentador citar a Maurice Lewandowski¹¹: “En otros términos debemos comprender si la Argentina dependerá de este fortuito agrupamiento de individuos reunidos por las varias corrientes inmigratorias y no teniendo en común más que el deseo de enriquecimiento o si estos varios elementos están destinados a fusionarse y a formar a lo largo del tiempo una verdadera nacionalidad con sus propios ideales”.

Conviene no perder acá la perspectiva al comentar las dificultades. El proceso de asimilación de los inmigrantes en la Argentina fue probablemente todo lo exitoso que podía ser. La inevitable hostilidad hacia los extranjeros se mantuvo dentro de límites muy acotados, las colectividades extranjeras no se constituyeron en minorías separadas dentro del cuerpo social y la sucesión de las generaciones ha llegado a un punto donde la mayoría de los jóvenes que hoy tienen 20 años no puede explicar con detalle cuál es el origen de sus antepasados. Sin embargo la Argentina ha debido vivir largos años en este proceso de asimilación que hoy parece estar llegando a su final.

El proceso se ha ajustado al descrito por Eric L. Jones en el sentido de que la cultura de la inmigración no es uniforme; las segundas y terceras generaciones tienden a exhibir movilidad cultural y a adoptar la cultura local al tiempo que potencialmente la modifican en el proceso.¹²

De todas formas vale la pena anotar que en aquellos lejanos años del Centenario el clima de enorme progreso económico que vivía la Argentina era en sí mismo un factor de cohesión social. El sentirse parte de ese proceso le daba ya un sentido de pertenencia. Recientemente, un interesante trabajo de Benjamín Friedman¹³

¹⁰ Larreta, Enrique citado por Horacio Salas en *El Centenario*, Planeta, 1996, Cap. V.: “No creo que pueda surgir de esta turba dolorosa, que arrastra en su mayor parte las sombras de la ignorancia la clase dirigente capaz de encarrilar hacia un ideal grandioso la cultura argentina”.

¹¹ *The Argentine in the XX Century*, T Fischer Unwin, London, 1911

¹² Eric L. Jones, *Cultures Merging*, Princeton, New Jersey 2006

¹³ Benjamin F. Friedman, *The Moral Consequences of Economic Growth*, Alfred A. Knopf -2005

sobre las consecuencias morales del desarrollo económico, analiza para los Estados Unidos cómo cumplió allí una importante misión tanto en la formación del país como en el mantenimiento de las instituciones.

Este rol de cohesión social de la prosperidad colectiva, que prometía el progreso individual, nos marca cuán duro y desorientador tiene que haber resultado para la Argentina el abandono de esos sueños a partir de la década del '30 frente a las nuevas realidades que la economía mundial planteaba para nuestro país.

La gran pregunta es si esta particular configuración de la población argentina a lo largo del siglo XX no ha tenido un importante costo en términos de la creación de un capital social, entendido como la confianza recíproca y la red de relaciones comunes que reúne a las personas para un propósito. Está claro que la existencia de un alto capital social determina la reciprocidad, lo que estimula la negociación, el compromiso y la política pluralista.

Todas las encuestas recientes sobre la población argentina -en el pasado no las hubo-, nos ubican muy mal en términos de capital social: los argentinos no confían en el prójimo y más allá de la familia descreen fuertemente de todas las instituciones y organizaciones sociales y políticas¹⁴.

Una sociedad marcadamente materialista

La gente nova e i subiti guadagni
orgoglio e dismisura han generata.
Dante Alighieri, Inferno
*La gente nueva y la ganancia súbita
orgullo y desmesura han generado*

La prosperidad que arribó a la Argentina a partir de 1880 tendrá impactos muy fuertes sobre los valores y condiciones sociales. Bien lo definía Miguel Cane; "Nuestros padres eran soldados, poetas, artistas, nosotros no somos mas que almaceneros, mercachifles, agiotistas. Antes el sueño de la juventud era gloria, patria, amor. Hoy obtener una concesión de ferrocarril para venderla en Londres".

Otro contemporáneo, Juan Balestra, lo resume así: "En nuestra raza, hasta entonces frugal y recatada, había prendido como un virus la fiebre del dinero, no con los caracteres sórdidos de los pueblos viejos, sino como un ímpetu de juventud e irreflexión que se traducía en soberbia y prodigalidad. Más que la riqueza misma, se perseguía la ilusión de la riqueza, o sea una riqueza eximida del trabajo para adquirirla, y de la previsión para conservarla. (...) La fiebre económica conmueve la moral social. Los hábitos pausados y solemnes, al par que sencillos, y la conformidad con un modesto pasar, heredados de la colonia y no alterados en los tiempos posteriores, dedicados más a la virilidad que al deleite, son sacudidos por el vendaval. Se aprendió a vivir de prisa y a mirar la dignidad como estorbo y los escrúpulos como majaderías: la riqueza se tuvo por honor, la modestia por disimulo y la austeridad como hipocresía"¹⁵

Santiago Rusiñol, escritor español que también nos visitó para nuestro Centenario, tuvo una visión bastante crítica de lo que vio en esta sociedad en formación. Rescatemos algunas de sus frases: "Aquí... por ahora... hasta el momento actual, el arte, la gloria, el idealismo, la fantasía y otras... tonterías, no son cosas cotizables ni compensan un poco la importancia del peso. Sea porque la vida es cara, y antes de pensar en los postres hay que pensar en el caldo; sea porque el gringo y el que no es gringo hayan tomado este país como tierra de restauración, en vez de tierra de promisión, sea porque para el cultivo esta tierra pide brazos en vez de hombres, sea porque muchos de los que llegan traen hambre atrasada, después de haber perdido la fe en toda clase de creencias, sea porque los hombres nuevos, cuando no son raíces son abono indispensable, es cierto, para que nazcan flores, y aquí hay más abono que flores; sea todo esto junto, más otros motivos, y que el materialismo es fruta que hasta que se madura hace daño, si es que una vez madura no hace estragos, el caso es que, entre los que llegan y los que estaban antes, la lucha del peso es tan terrible que, comparadas con ella, las batallas de Alejandro son verdaderos juegos de niños.... En todas partes se persigue el peso. En todas partes se le busca, pero aquí se abusa de él. Id por las calles y estad seguros de que en los pedazos de conversación que vayáis oyendo al paso, a cada diez palabras van cuatro pesos; hablad con algún conocido y al cabo de un momento os dirá que ha venido aquí para hacer pesos (...) Hay quien valúa a los hombres por

¹⁴ Marita Carballo ,Qué pensamos los argentinos, El Cronista Comercial 1987 y Valores culturales al cambio del milenio, Nueva Mayoria 2005
Informes del World Values Survey

Antonio Maria Hernández et alii – Argentina una sociedad anomica – México 2005

¹⁵ Juan Balestra, El Noventa, Luis Fariña 1971

pesos, y la caza del peso os persigue y convierte la ciudad en una inmensa boletería, en un gran mercado, en una inmensa feria, un juego de arrancacabellos, en que cada cabello valiese un peso, y jugasen todos a ver si consiguen dejarse calvos unos a otros.”

Sobre el arte argentino Rusiñol es tajante: “No hemos visto ningún país, de todos los que conocemos, en que los artistas y los poetas se alejan más del espíritu de su tierra natal (...) Hay cientos que viven con Verlaine, con Baudelaire, el señor Palletan o con Dánnunzio, con los decadentes, y sueñan desde su rancho con Chez Maxim o con el Rat Mort; por cada pintor que pinte el Paraná, hay veinte que pintan el Sena, y a las aguas vivas de sus ríos, las destiñen con aguas muertas; y por cada autor dramático que arranque la vida de su pueblo, cincuenta la arrancan de otros dramas, y se ven Guignoles y se ven Ibsens, enfriando el fuego de la tierra; cono Verbenas y Revoltosas contrarrimando las danzas tristes de estas llanuras desoladas”.

Esta visión de una Argentina en que la busca del progreso económico es tan fuerte contrasta con la Argentina previa a la gran expansión económica y a la inmigración. En rigor, si pensamos cuánto lugar ocupaban los aspectos institucionales y culturales para los presidentes de la organización nacional, Mitre y Sarmiento, y cuánto más desplazado hacia el progreso económico está el interés de los presidentes de la Generación del '80, tendremos otra muestra del cambio de tono que el progreso económico ha traído a la sociedad argentina. Ya cuando la gran crisis de 1890 abrió paso a la emergencia de la Unión Cívica se nota en la misma una fuerte crítica moral a los cambios en las costumbres que el progreso había traído, muy reflejado, en aquella época en que todavía los hijos de los inmigrantes no pesaban en la política argentina, en los miembros de las clases patricias que habían quedado afuera de ese espectacular cambio de fortuna. Qué había pasado en esos años: Un grupo social se había enriquecido extraordinariamente tanto como consecuencia de las propiedades inmobiliarias de sus antepasados como de las especulaciones y negocios a los que la expansión ferroviaria y económica dio lugar.

Por otra parte, la sociedad de consumo había entrado con fuerza en la Argentina, y abarcado a todas las clases sociales acompañando un fenómeno que se daban también en buena parte del mundo. Son los años en que las grandes tiendas reorientarán el consumo y las cadenas de negocios harán extensivo al interior esa nueva forma de vivir. También serán los años en que la publicidad avanzará en convertir a las mercaderías en objetos de deseo a la par que se multiplican en su variedad. El fenómeno de la moda en el consumo había llegado para quedarse en la sociedad argentina.

Ortega y Gasset en sus largas reflexiones sobre la Argentina nos dice: “Todo esto significa una cosa que es preciso decir aunque tal vez enoje, el inmoderado apetito de fortuna, la audacia, la incompetencia, la falta de adherencia y amor al oficio o puesto son caracteres conocidos que se dan endémicamente en todas las factorías. Eso, precisamente eso, distingue una sociedad nativa y orgánica de la sociedad abstracta y aluvional que se llama factoría.” Toda su reflexión apunta a señalar cómo la vertiginosa inmigración y el tan acelerado progreso económico al crear enorme movilidad social y oportunidades individuales también pone en marcha mecanismos que al mantener incierta y expectante la situación de cada uno en el contexto social hacen difícil la estabilización de una sociedad orgánicamente constituida.

En definitiva, tal vez la arquitectura defina con más eficacia el cambio en la sociedad argentina. El Gral. Bartolomé Mitre, presidente de la República y fundador y dueño de uno de los dos grandes diarios argentinos, La Nación, vivió entre 1860 y su muerte en 1906 en la casa de la calle San Martín entre Corrientes y Sarmiento, en lo que es hoy el Museo Mitre. Se trata de una casona de tres patios, amplia y bien dispuesta, que seguía la tradicional distribución criolla y con una arquitectura levemente italianizante, típica de la primera mitad del siglo XIX.

José C. Paz, dueño y director del diario La Prensa, inició en 1902 la construcción del Palacio Paz, actual Círculo Militar, en la calle Santa Fe y Maipú, un palacete francés de casi 12.000 metros cuadrados, con amplísimos salones de recepción y vasto uso de mármoles importados.

Una visita a estas dos propiedades dirá más de la diferencia de estos dos mundos que muchas palabras.

Las características de la sociedad emergente fueron resumidas por Alejandro Korn en estas palabras: “Las distintas clases sociales compartían un objetivo común: la adquisición de riquezas. El bienestar de la nación residía evidentemente en la expansión económica. La clase superior no derivó únicamente esta convicción de los acostumbrados motivos humanos, sino también del largo adoctrinamiento hecho por los pensadores liberales, que vehemente le inculcaron la idea de que sólo el progreso material podría llevar a la Argentina de la barbarie a la civilización. Los inmigrantes, para quienes uno de los motivos del viaje a América era el

mejoramiento económico, siguieron el paso de la organización política y la filosofía que les prometía el cumplimiento de esta ambición. De la unión de estas fuerzas pueden derivarse las características de la moral y del comportamiento que dieron forma a la historia actual de la Argentina".¹⁶

Las Ciudades

Las ciudades han jugado un rol central en la civilización: no hay duda de que su presencia ha jalonado las diversas culturas y que la evolución en lo cultural, en lo político, en lo comercial y en lo económico las ha tenido como protagonistas. Para no buscar antecedentes en culturas ajenas, el camino en Europa desde la alta Edad Media hasta el Renacimiento pasa por la aparición o tal vez por la reaparición de las ciudades. Tendremos ciudades centradas en el estudio como Heidelberg, Oxford y Salamanca; ciudades cuyo eje es el comercio como Génova y las ciudades de la liga hanseática; ciudades donde el comercio se apoya sobre la industria como Florencia y Venecia, y ciudades que en definitiva nacen alrededor del poder como Madrid o Aviñón. Finalmente algunas que han participado de muchas de estas funciones como Londres y París.

A lo largo del S. XIX la población europea comenzó a vivir cada vez más en las ciudades y este fenómeno está directamente relacionado con un aumento del comercio y, sobre todo, con el proceso de industrialización. Es por ello que muchas veces los niveles de urbanización han sido confundidos con los niveles de desarrollo económico ya que es el desarrollo económico el que ha empujado este proceso de concentración urbana que debió reposar en un aumento de la productividad agrícola o en una ampliación del comercio de productos alimenticios para hacerla posible. No hay duda de que la revolución en los transportes jugó en esto un rol central.

Se ha discutido cuál es el efecto de la existencia de ciudades cuando éstas dejan de tener el respaldo de las actividades que las hicieron crecer. Por ejemplo si el grado de urbanización de Italia y España en el S. XVII, cuando ya se extingue el impulso del comercio mediterráneo en el caso italiano, y cuando el oro y la plata americanos no compensaban ya la desorganización de la economía española, no fueron un factor retardatorio para la evolución de la economía de esos países.

Comenzado ya el S. XXI, cuando el fenómeno urbano en los países del tercer mundo se ha desbordado y nadie parece lograr detener la concentración de la población en las grandes ciudades sin que haya tras ello un proceso de crecimiento industrial y comercial que le dé sustento, esta relación lineal entre urbanización y desarrollo económico aparece aún más desdibujada.

Caben estas reflexiones muy especialmente para nuestro país, que por motivos que trataremos de explorar ha sido un verdadero líder en el proceso de urbanización, y en especial en grandes centros urbanos.

En primer lugar influye la historia. Vale la pena recordar que esta es una característica que viene de muy antiguo, de la organización de la colonia, pero que sin duda tampoco es ajena a la tradición de nuestras dos madres patrias. Es interesante ver que ya en los días de la independencia el 30% de la población argentina vivía en las 14 ciudades más importantes. Casi todas ellas, con la excepción de Entre Ríos, fueron la base para la constitución de las respectivas provincias a las que dieron su nombre. Para la misma época apenas el 5% de los norteamericanos vivían en ciudades y sólo los holandeses superaban en Europa el 30%. La Argentina era entonces más urbanizada que Bélgica e Inglaterra, los países más industrializados de la época. Para la misma época el conjunto de América Latina aparecía fuertemente urbanizado. El 14,5% de su población vivía en ciudades cuando en Europa sólo lo hacía el 12,1% y, como dijimos más arriba, en Estados Unidos sólo el 5,3%.¹⁷

En los lejanos días que siguieron al descubrimiento de América, la burocracia castellana debió abocarse al difícil problema de organizar un Imperio, que más allá de las críticas escolares que se le realizan, logró durar 300 años. Una de las piedras sillares del edificio fue comprender que una población española relativamente poco numerosa repartida a lo largo y a lo ancho del continente americano daba pie al riesgo de reconstruir el feudalismo con sus secuelas separatistas de las que España venía saliendo trabajosamente hacia la creación de un Estado Nacional.

¹⁶ Alejandro Korn, Obras, Vol. III, La Plata, 1938-1940

¹⁷ Paul Bairoch, Cities and Economic Development, The University of Chicago Press 1988 y calculos propios sobre la base de Ernesto J.A.Maeder, Evolucion Demográfica Argentina desde 1810 a 1869, Eudeba 1969

Por otra parte, debían crearse las instituciones que aseguraran los aspectos fiscales del Imperio y la recaudación de los fondos necesarios para su mantenimiento. La solución buscada fue la concentración de la población en las ciudades, que pasaron a ser los lugares donde se concentraba la sociabilidad y donde también se concentraba el poder.¹⁸

Esta situación común a la América española -ya que la portuguesa tuvo recorridos algo distintos-, aparece exagerada en la Argentina que se independiza. Podríamos decir que Buenos Aires, Córdoba, Santiago, Tucumán, Salta y Jujuy eran etapas de un camino por el cual fluía la vida económica del Virreinato, fuertemente basada en las relaciones comerciales y fiscales con la producción de plata boliviana. Por otra parte no contaba la Argentina con población numerosa, sólo participaba en mucho menor grado de las características de las colonias establecidas sobre las grandes civilizaciones americanas donde el dominio español se sobreimpuso y heredó el dominio sobre importantes masas de indígenas americanos.

En nuestro suelo el vacío, la falta de gente, fue lo que orientó a las ciudades al comercio y al sector rural a la ganadería extensiva y sólo en menor grado a las producciones agrícolas indispensables para el consumo local. Esto es lo que explica la sorprendente urbanización existente en el comienzo de nuestra historia y el por qué ese proceso de urbanización no continuaría en los primeros decenios de vida independiente. En el caso de la provincia de Buenos Aires puede incluso hablarse de un proceso de “ruralización” luego de la independencia.

En la segunda mitad del S. XIX de la mano de una persistente caída de los costos de transporte marítimo y terrestre que va a continuar hasta la 1era. Guerra Mundial, las economías del mundo se integran al hacerse posible el comercio internacional de muchos productos que por su bajo valor por unidad de peso y volumen no eran objeto de comercio internacional hasta entonces. La Argentina, en realidad el litoral argentino, va a participar frenéticamente de este proceso ocupando y poniendo en valor la pampa apoyada por el enorme traslado de recursos de producción, capital y trabajo, necesarios para fertilizarla.

El hecho de que recién a partir de los últimos decenios del S. XIX la Argentina se convierta en un importante productor agrícola y que hasta ese momento la ganadería haya llevado la delantera, determinó una distribución de la tierra acorde con estas pautas de explotación económica. Mucha tinta ha corrido respecto de las consecuencias que para nuestro país ha tenido la gran propiedad rural. Nos detendremos aquí solamente en el hecho de que el ausentismo de los propietarios rurales y su residencia porteña o al menos ciudadana volcó al consumo urbano buena parte de la creciente riqueza generada en nuestros campos.

Por otra parte, la actividad comercial relacionada con la exportación de los productos pecuarios y la actividad industrial asociada con su preparación para la exportación unida a un activo comercio de importación para atender las necesidades crecientes de consumo e inversión serán también fuertes incentivos para el crecimiento de las ciudades.

El comienzo de la exportación agrícola no produjo un cambio en estas circunstancias: la producción en la Argentina continuaría siendo una producción extensiva y de alta productividad en el sentido de la ocupación de poca gente. Debía ser necesariamente una producción de bajo costo para poder competir en los mercados mundiales a partir de una ubicación geográfica relativamente excéntrica.

Resultará entonces que esta impronta heredada de nuestro pasado colonial y patricio de participación en la vida urbana como forma de participación en la sociedad civil, unida a la enorme concentración de poder que nuestras instituciones produjeron en el Gobierno Nacional y particularmente en el Ejecutivo Nacional, conjuntamente con la condición de la Ciudad de Buenos Aires de centro comercial y financiero del país y puerto principal del mismo, determinaron un crecimiento de la Ciudad de Buenos Aires, y satelitalmente de alguna otra ciudad del litoral como Rosario, basado en el comercio, el acondicionamiento e industrialización de la producción de exportación, la burocracia, y todas las demás actividades que la misma existencia de esta población en términos de servicios, artesanato, y un incipiente desarrollo industrial en rubros donde el crecimiento mismo del mercado urbano creaba condiciones favorables.

¹⁸ Ángel Rama, *The lettered city*, Duke University Press 1996
Bernardo Canal Feijoo, *Teoría de la ciudad argentina*, Sudamericana 1951
José L. Romero, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas, Siglo XXI* 1976
Severo Cáceres Cano, *Conquista y Colonización, Tucuman* 2003

Por otra parte, las oportunidades existentes en Buenos Aires y la decadencia relativa de buena parte del interior tradicional no dejaron de atraer a la ciudad a los más talentosos y ambiciosos hijos de las provincias que constituyeron buena parte de la clase política de la época. Sarmiento, Avellaneda, Roca y Juárez Celman eran provincianos.

Como concisamente lo definió James R. Scobie, "La ciudad capital de Argentina y su mayor puerto creció y prosperó a fines del S. XIX más que la mayoría de las ciudades del mundo. Sus principales funciones consistían en la administración y el comercio. Por un período el desarrollo de Buenos Aires determinó en alto grado el curso de la evolución nacional y la ciudad se convirtió virtualmente en la Nación. Esta fase de rápida expansión urbana fracasó sin embargo en evolucionar en un crecimiento nacional sostenido y retrospectivamente puede haber dificultado el desarrollo global de la Argentina".¹⁹

También Paul Bairoch en su monumental "Victoires y Deboires" al historiar el desarrollo de la economía de las distintas regiones en el siglo XX avanza la hipótesis de que los países sudamericanos de clima templado – Argentina, Chile y Uruguay – que padecieron de una hipertrofia urbana no correspondida con su desarrollo industrial vieron dificultado su desarrollo por tal motivo.²⁰

La importancia de Buenos Aires no puede negarse: vivían en ella uno de cada cuatro argentinos pero el 53% del movimiento postal se originaba en Buenos Aires que contaba con el 71% de los teléfonos y donde se realizaban el 86% de los viajes en tranvía, único medio de transporte colectivo de la época.

Es interesante constatar que, según el tercer Censo Nacional de 1914, de las 518 publicaciones regulares existentes en la Argentina (diarios, periódicos, revistas) 436, es decir el 84%, se publicaban en las cuatro provincias litorales, de las cuales 394, es decir el 76%, en la provincia de Buenos Aires y en la Capital Federal.

Cuando el tranvía eléctrico en los arranques del siglo XX acortó las distancias y disminuyó los costos de transporte, la ciudad que crecía con vértigo pudo abandonar las proximidades del centro. Su población pudo entonces a través del fraccionamiento de lotes que conservaron la tradicional forma rectangular, realizada por empresarios que los vendían con extensas facilidades, liberarse del hacinamiento del conventillo y aspirar a la vivienda propia tan cara a las tradiciones mediterráneas. Para 1910 la red de tranvías alcanzaba 652 kilómetros y transportó un total de 323 millones de pasajeros para una ciudad que entonces superaba ya el millón de habitantes.

Nacerán así los barrios que tanta importancia tuvieron en la conformación de la sociedad urbana. El barrio estaba estructurado alrededor de algunos comercios que atendían las necesidades de la población y que aseguraban la lealtad de sus clientes a través de la extensión del crédito con la famosa libreta. Todo ello creó vínculos de sociabilidad local que cumplieron la importante función de dar ubicación y sentido de pertenencia al aluvión de extraños que poblaban la ciudad. Ello fue particularmente cierto en tanto que los barrios no tuvieron un carácter extremadamente diferenciado. En algunos casos la cercanía de una fábrica o de algunas actividades como los corrales de Mataderos dieron un tono algo obrero en el primer caso, algo rural y criollo en el segundo, pero en general la población fue bastante heterogénea tanto en su origen nacional como en su actividad profesional.

Esta necesidad de sociabilidad establecida en primer lugar a niveles muy pequeños, la cuadra o la pequeña zona servida por un grupo de comercios, fue adquiriendo contornos más amplios con la creación de sociedades de fomento, parroquias, cines, y algunas instituciones culturales como las bibliotecas barriales y los clubes sociales.

Este encuadramiento de la población en función de su vivienda, que no tenía por qué coincidir y no coincidía muchas veces con el lugar de trabajo, fue muy importante en el proceso de asimilación del inmigrante y en la creación del tejido social. Sin embargo, conviene no exagerar el grado en que esta sociedad logró superar el fuerte individualismo centrado alrededor de la familia que caracterizó y caracteriza a la sociedad argentina.

Tampoco iba a durar tanto tiempo esa identificación barrial: la continuada mejora de la red de transportes y el atractivo del centro iban a limar esa vida centrada localmente, y en definitiva, el crecimiento de la vivienda

¹⁹ "Buenos Aires as a commercial bureaucracy 1880-1910", American Historical Review, October 1972

²⁰ Paul Bairoch, Victoires et Deboires, Gallimard 1997

multifamiliar y la aparición de nuevas formas de comercialización van a colaborar para la pérdida de fuerza de esa sensibilidad localista.

El gobierno nacional y los gobiernos porteños no vacilaron en gastar liberalmente en la transformación edilicia de la ciudad convirtiéndola en una suerte de vidriera de la República Argentina; son de esos años buena parte de los edificios que todavía nos enorgullecen. Por cierto que con la llegada de la prosperidad y un cambio de ánimo espiritual en sus actitudes vitales las clases altas construyeron también el Barrio Norte poblado de importantes mansiones a la francesa. De las que no han caído bajo la piqueta tan activa en la construcción de propiedad horizontal no dejan de impresionar entre otras el actual Círculo Militar, el palacio de la Cancillería, los edificios de las Embajadas de Brasil y de Francia.

Esa ciudad crecida como una estructura comercial y de servicios con su apoyatura industrial y artesanal surgida al calor de la continuada prosperidad de las exportaciones agropecuarias argentinas, seguramente no estaba muy bien preparada para la interrupción de este modelo de crecimiento. Sin duda los arreglos institucionales, las escalas de valores, y las aspiraciones individuales no eran los de una sociedad industrial y la lenta transformación, nunca satisfactoriamente completada, no fue fácil ni fluida.

Es cosa sabida que resulta relativamente fácil la transformación de la población ocupada en la producción primaria, rural, en obreros industriales. En general ello suele implicar una mejora en las condiciones de vida y el acceso a una vida con niveles de socialización y de oportunidades de diversión más amplios. De la misma manera, el traspaso al sector terciario de los sectores primario y secundario, parece un camino sin mayores obstáculos. En general los trabajos en el sector terciario, además de ser menos exigentes en términos de esfuerzo personal, tienen más prestigio social. Aparentemente aquella idea expresada por Manrique en el S. XV, "los que viven de sus manos y los ricos", que conlleva un claro demérito al trabajo manual, está bastante bien anclada en el imaginario europeo y por cierto en el argentino. De allí las dificultades para que la inflación de los servicios que la opulencia del Centenario había creado y que se manifestaba en un enorme crecimiento urbano fuera funcional para nuestra transformación en una sociedad industrial. Por otra parte, no hay duda de que el grado de influencia política del habitante urbano, su capacidad de movilización y organización, superan mucho al rural y en consecuencia, el mantenimiento de la satisfacción de la población urbana se convierte más que en un objetivo en un requisito de la política.

Alejandro Bunge, ingeniero, economista, y uno de los primeros críticos de la estructura económica y social que la próspera Argentina del Centenario estaba forjando, describió y criticó el predominio abusivo de lo porteño sobre el país en un artículo que hizo época: "La Argentina económica, país abanico". Allí calcula un índice de capacidad económica por habitante que de rondar los 1000 para la Capital Federal va a caer hasta 95 para la provincia de Catamarca, en una gradación de prosperidad económica que la particular organización de la economía y población argentinas habían generado.

Desde otro ángulo, Ezequiel Martínez Estrada aplicó su vigorosa pluma a una crítica profunda del significado de Buenos Aires en el conjunto del país. En su ya famosa obra *La cabeza de Goliat* va a recoger una opinión muy crítica basada ya no en lo económico sino en lo social y en lo espiritual de esta suerte de vaciamiento que Buenos Aires provocaba al país.

Florencio Escardo también agregó una contundente apreciación: "Toda la Republica trabaja para que Buenos Aires coma, pero Buenos Aires come para que toda la Republica trabaje. Además Buenos Aires administra, es decir, dilapida: lo significativo esta en que no dilapida para que el resto de la Republica pueda vivir, dilapida y nada mas"

En particular el crecimiento desmesurado de Buenos Aires no ha dejado de asombrar a nuestros visitantes. Desde aquel comentario de Malraux viendo a Buenos Aires como "la capital de un imperio imaginario", y que probablemente no es más que el eco de igual observación de Clemenceau en ocasión del Centenario, quien no la registró por escrito, con la prolijidad de un fogueado hombre político, hasta esta observación de Waldo Frank: "este inmenso parásito vive bien sobre el cuerpo de la tierra que ignora todo el proceso de la República: administración, comercio, distribución y consumo fue monopolizado por la ciudad." son muchos los que han visto el peso negativo de este gigante urbano

Claro está que mientras en los años '30 emergían estas visiones críticas, la ciudad, de la mano de la decadencia agrícola y de la módica prosperidad industrial, continuaba impertérrita su crecimiento no solamente absoluto sino inclusive en su participación tanto de la población como de la actividad económica argentina.

El problema de la identidad

A partir de estos años del Centenario va a asomar en la vida intelectual argentina un problema que no se había planteado con la misma fuerza ni en la Generación de 1837 (Echeverría, Alberdi, Sarmiento), ni en la de 1880 (Cané, Cambaceres, Estrada). La necesidad de definir en qué consistía ser argentino no se planteaba para estos hombres; sus historias personales, la imbricación de sus raíces en la historia patria e incluso colonial, no parecían requerirlo. Va a ser la inmigración que a partir de 1880 toma un ritmo cuya asimilación en la sociedad preexistente aparece como conflictiva, la que va a plantear este problema. Y hasta podría decirse que también lo resuelve a través de la creación y difusión de mitos que hubieran resultado incomprensibles algunos decenios antes.

Toda una literatura espontánea basada en una tradición universal, la del hombre que resiste la autoridad con su valentía personal, había cuajado particularmente en la figura de Juan Moreira. Curiosamente había penetrado en la inmigración que seguramente proyectaba allí las frustraciones que campean entre los miembros más desprotegidos de la sociedad, y habían encontrado en la frecuentación de estos folletines llevados luego al teatro popular una precaria forma de integración a, e identificación con, su nuevo medio.

Es en estas circunstancias en que el gran poeta e intelectual argentino Leopoldo Lugones realiza una operación de reinstalación de la literatura gauchesca, especialmente del Martín Fierro, en los fundamentos de nuestra cultura. El Martín Fierro había sido en su época, 40 años antes, un fenómeno editorial de amplia repercusión en los ámbitos rurales pero que no había logrado adentrarse en el público urbano. La indudable calidad de la obra de Hernández, muy superior sin duda a la de Eduardo Gutiérrez, autor de Juan Moreira, daban cierta solidez a esta operación que por otra parte resultaba funcional a la búsqueda de material con que construir a través de la escuela pública la identidad que debía ser vendida e impuesta a los hijos de los inmigrantes.

Se cerraba así un interesante ciclo entre las dos obras literarias más importantes del S. XIX: Facundo y Martín Fierro. De la defensa apasionada de la civilización urbana de Sarmiento pasaremos a la idealización por parte de los habitantes urbanos de un mítico personaje rural.

También por aquellos años Ricardo Rojas estaría fuertemente implicado en esta labor de construcción de una identidad cultural. No sólo se lanzará a la tarea de identificar un cuerpo de literatura argentina separándola de la literatura latinoamericana y mundial sino que incluso encarará una reivindicación de esencias nacionales llevándolas tan atrás como para entroncarlas con nuestro pasado indígena. Curiosamente la presencia cuantitativamente importante, la del mestizo, no es nunca objeto de una reivindicación, lo que muestra el carácter mítico y despegado de la realidad de estas construcciones que no dan seguramente cuenta de la compleja conformación de la sociedad argentina.

Como bien ha señalado Nicholas Shumway²¹, esta operación de construcción o invención de un pasado sobre el cual asentar la idea de nacionalidad va a tener en la Argentina una dificultad adicional no menor. Cincuenta años antes Bartolomé Mitre había encarado una operación similar sobre la que construir un consenso contemporáneo que se basaba en la exaltación de los próceres de la independencia, San Martín y Belgrano y la denigración de Rosas y su época. La operación de Mitre fue ampliamente exitosa para lograr sus fines pero a la vez dificultaba enormemente la descripción de la historia argentina a través de un mito fundacional orgánico. Es más, ofrecía la posibilidad, que se dio en alto grado, de convertir la Historia en un campo de batalla de dos visiones divergentes del pasado, logrando un proceso aún en curso de demolición de las figuras que construyeron, con todos sus errores y defectos, la Argentina real.

Pero el problema de la identidad no terminaría allí. Por muchos años los intelectuales continuarían rondando esta temática. Borges lo resuelve con una enorme elegancia con la creación de un mito urbano, que seguramente juzgó mucho más cercano nuestra realidad, con la revalorización del coraje que sin duda había sido un común denominador de los hombres que dedicaron sus vidas a las guerras intestinas sobre las que se construyó la Nación.

Eduardo Mallea en su Historia de una pasión argentina intenta ya frente a un país muy desencantado consigo mismo en los duros años '30, una exaltación espiritual de lo argentino que necesita ubicar fuera de Buenos Aires y en un marco rural altamente idealizado.

²¹ Nicholas Shumway, *The invention of Argentina*, University of California Press, 1991

Más interesantes aún resultan las visiones desoladoras de Ezequiel Martínez Estrada en su Radiografía de la Pampa y de Héctor A. Murena en El pecado original de América. Visiones desoladoras porque no encuentran en la realidad que analizan un punto de apoyo sobre el que construir una identidad creíble para el presente que les toca vivir.

Curiosamente hoy el tema de identidad, de la definición de lo argentino, ha dejado de transitar en nuestro discurso intelectual. Será tal vez que el rodar del tiempo, con su creación de historias familiares y personales, va haciendo innecesario preguntar quiénes somos. Lamentablemente lo que sigue siendo cierto es que estamos muy lejos de un cariño hacia nuestro pasado y de la visión de la Argentina como un proyecto futuro que nos asocie y nos contenga.

Tal vez no es raro que sea en los años '30, cuando el país debe abandonar por la fuerza de los hechos el modelo de crecimiento económico que lo había transformado, y cuando esto repercute en un retroceso en lo político para volver a un sistema fraudulento que parecía haber quedado atrás, que reverdece la visión apocalíptica de la República Argentina de Martínez Estrada y de Murena.

Al mismo tiempo, toma un inusitado vigor la corriente revisionista que pone en cuestión el mito fundacional heredado de Mitre llevándonos a la situación que Shumway describe de ser un país con dos mitos constitutivos competitivos. El resultado parece ser hoy el haber perdido ese concepto esquemático del pasado en el cual los hombres ubican su presente y que constituye no sólo la base para su identidad sino también para un sentido de comunidad que permita la construcción de un capital social entendido como la capacidad de crear relaciones entre los hombres que faciliten un fluido funcionamiento de lo social y político.

La Educación

Uno de los mitos más persistentes y autogratificantes de la Argentina ha sido siempre el considerarnos un país avanzado en términos educativos. La pavorosa situación educativa de la Argentina y del resto de América Latina a mediados del S. XIX y la visión y acción de nuestros tres presidentes intelectuales -Mitre, Sarmiento y Avellaneda-, que permitió mejorar consistentemente la situación, le han dado fundamento. Sin embargo, y atento a que nadie duda hoy que la educación es uno de los parámetros centrales para la creación del capital humano que probablemente es más importante que el capital físico para el crecimiento económico, es oportuno que miremos mucho más de cerca la situación educativa de la Argentina.

Mitre, que debió organizar el Estado Nacional prácticamente desde cero, concibió un colegio nacional que tuviera como principal motivo la preparación de las clases dirigentes argentinas; lo concibió como una puerta hacia las actividades políticas, hacia la burocracia, o hacia la Universidad. De allí su enseñanza enciclopédica y humanista y su lejanía de los conocimientos vinculados con los aspectos prácticos de la vida.

Sarmiento, para el que la educación tenía un valor fundacional mucho más importante y que veía a través de ella las posibilidades de una democracia efectiva y abarcativa, puso por el contrario su acento en la enseñanza primaria a la que sí quiso relacionar con la vida y las actividades productivas. Sarmiento fue un presidente de la "República posible" diseñada por Alberdi pero que creía fervorosamente en la necesidad de construir la "República verdadera" a través de la educación. Con sus matices, Avellaneda siguió sus pasos y entre ambos dieron un enorme impulso a la enseñanza.

Hacia 1850 sólo uno de cada 15 de los niños en edad escolar concurría a la escuela, y para 1883 ya uno de cada 3,5 lo hacía, bien que con diferencias muy marcadas entre la Capital Federal y el resto del país por un lado y entre las provincias entre sí por otro. Desde siempre se presenta el problema del desgranamiento escolar y del abandono de la escuela, lo que va a generar entonces como ahora que numerosos argentinos contesten que sí cuando el censista pregunte si sabe leer y escribir pero que en rigor lean y escriban muy poco.

La Generación del '80 que preside el momento en que la inmigración se convierte en avalancha, en el que la elite argentina, las clases patricias, cambiarán el foco de sus inquietudes de la construcción institucional al progreso económico, y en el que el tono moral de la sociedad va también a virar hacia considerar a la riqueza como el factor principal de ubicación social, no abandonará totalmente las ideas pro educativas heredadas, pero el progreso será sensiblemente más lento.

A propósito es oportuna la siguiente cita: "Recuperemos el origen de nuestras reflexiones. ¿Hubo en el ochenta algo así como una política cultural y educacional? Creo que no. Más bien hemos comprobado una creciente desnaturalización del régimen de educación popular. Hemos visto morir, apenas nacido, el ímpetu

por los estudios científicos. Hemos visto instrumentarse el poder universitario con fines políticos, lo que ocasionó la reacción simétrica de signo inverso según la cual se procuró instrumentar el poder universitario con otros fines políticos.²²

El censo de 1895 no señala ningún progreso respecto del de 1883 en cuanto al nivel de asistencia a la escuela primaria y para 1914 sólo se habría logrado que algo más de uno cada dos niños en edad escolar asistieran a la escuela. En 1914 la situación argentina era sin duda muy superior a la del conjunto de América Latina, pero aparecía todavía bastante pobre en una comparación internacional más amplia. En el corazón de la Europa desarrollada -Alemania, Francia, Inglaterra, Holanda, Suiza y Bélgica-, la relación era tres de cada cuatro, y en los países anglosajones de ultramar -Estados Unidos, Australia, Canadá y Nueva Zelanda- la misma era nueve de cada diez.

Por otra parte el analfabetismo era aún del 35% en la Argentina contra apenas el 7% y el 8% para esos otros dos conjuntos de países. Demás está decir que la dispersión geográfica en la Argentina continuaba siendo muy fuerte; los analfabetos porteños eran apenas el 20%, pero en Santiago del Estero lo eran dos de cada tres. En relación a la escolaridad los porteños habían logrado la situación de Europa Occidental, pero el resto de las provincias estaba muy lejos de estos resultados.

Mientras tanto, el colegio nacional y la escuela normal, que entonces preparaba a los maestros primarios, continuaban creciendo y absorbiendo el mayor porcentaje de los presupuestos educativos. A pesar de los problemas que se detectaban en relación a un potencial exceso de maestros y una falta de adecuación de los contenidos de la enseñanza media con las posibilidades de salida laboral, la misma había comenzado ya a adquirir un carácter de primer peldaño en el proceso de ascenso social. Curiosamente, el porcentaje de asistencia a las escuelas medias resultaba mayor en las provincias que habían quedado al margen del vertiginoso crecimiento económico y donde las viejas clases medias y altas luchaban para conservar el posicionamiento relativo del pasado.

Ninguna reforma fue posible; si bien los gobiernos conservadores la intentaron más de una vez, tropezaron siempre con resistencias que en definitiva fueron eficaces. Una interesante tesis sobre el tema nos plantea Juan Carlos Tedesco al señalar las implicancias políticas de las reformas planteadas por los conservadores en el sentido de restringir el colegio nacional tal como estaba diseñado a un núcleo del cual debía surgir luego la clase dirigente del país y abrir otras posibilidades educativas con salida laboral acotadas, preservando así una sociedad menos democrática.

Por los mismos motivos el radicalismo, como representante de esas clases medias en ascenso, no podía ver estas reformas más que como intentos de desplazar a sus miembros de los centros de sociabilidad más aptos para el acceso al poder. Es oportuna una cita: "Las capas medias como se sabe fueron las destinatarias del crecimiento del sistema educativo argentino hasta ese momento, pero sus intereses estaban dirigidos a utilizar el sistema educativo como vía para el acceso a las posiciones dotadas de mayor prestigio social y que les permitieran, a su vez, una inserción plena en el aparato político y administrativo del país."²³

No podemos dejar el tema sin recordar el importante cambio que se produjo en el sentido y contenido de la educación, especialmente a nivel primario, como respuesta a las preocupaciones creadas por la inmigración. Ya hemos abundado en la babelización del litoral argentino y muy especialmente en la ciudad de Buenos Aires y de las reacciones que produjo en la sociedad.

Más allá de los sentimientos y actitudes de los distintos grupos sociales, la clase dirigente encontró oportuno usar la escuela como un elemento de "argentinización" y de imposición del idioma castellano al conjunto de la población. Ya desde los años '80 el Consejo Nacional de Educación viene tomando medidas para imponer contenidos mínimos de educación a las escuelas particulares, establecidas por las colectividades de inmigrantes, para asegurar el conocimiento del idioma y de la historia y geografía argentinas.

Pero va a ser con la designación de José María Ramos Mejía, en el marco de una intensa campaña y debate al respecto, que se va a introducir una función destinada muy específicamente a la argentinización de los alumnos en nuestras escuelas, instrumentada a través de una cantidad de rituales alrededor de los símbolos patrios y de algunas de las figuras de nuestra historia, que va a marcar profundamente los contenidos

²² Ezequiel de Olaso, *La cultura del Ochenta en La Argentina del 80 al Centenario*, G. Ferrari (Comp.), Sudamericana, 1980

²³ J.C. Tedesco, *Educación y Sociedad en la Argentina, Siglo XX* 2003

escolares, al punto de llevar a un agudo visitante español a comentar: "la función de la escuela argentina parece ser la de preparar a los alumnos para la celebración de fiestas patrias".

Vale la pena citar las expresiones que, en 1910, el vocal del Consejo Nacional de Educación y rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, Enrique de Vedia, publicaba en el Monitor de la Educación Común que nos da el tono de la política educativa de la época: "Formemos (...) con cada niño de edad escolar un idólatra frenético de la República Argentina, enseñándole -porque es cierto- que ningún país de la tierra tiene en su historia timbres más altos, ni afanes más altruistas, ni instituciones más liberales, ni cultos más sanos, ni actuación más generosa, ni porvenir más esplendoroso. Lleguemos en este camino a todos los excesos, sin temores ni pusilanimidades"

Esta concepción, nacida de un nacionalismo defensivo y excluyente y que ha perdurado largamente en nuestras pautas educativas, ha recibido desde varios ángulos profundas críticas, especialmente en nuestro tiempo, cuando este problema de asimilación del inmigrante y de conformación de la Nación parece estar resuelto naturalmente.

Todos recordamos aquellos banales orgullos inculcados por tener la calle mas larga, la avenida y el río mas anchos y la montaña mas alta - claro esta fuera del Himalaya -

Parte de esta glorificación escolar del país incluía la visión del mismo como un país rico y con un porvenir asegurado. Esta visión inculcada tan inoportunamente, cuando las riquezas de los países pasaban cada día a depender más del esfuerzo inteligente de los habitantes y no de los dones de la Naturaleza, perdura todavía en nuestro imaginario, al punto que en cada crisis escuchamos decir: "¡Cómo le puede pasar esto a un país tan rico como el nuestro!"

Coronando el sistema educativo estaba la Universidad. La Universidad en estos años, se mantenía dentro de los cánones más tradicionales y es interesante ver que los estudios cursados mantuvieron siempre esas pautas: más de la mitad de los estudiantes en las carreras médicas, algo más de la tercera parte en las ciencias jurídicas, y el resto en las ingenierías. Esta estructura va a perdurar largamente, tanto, que para 1914 el 36% de los profesionales censados lo eran en carreras vinculadas al derecho, y en el último censo nacional este número se mantenía prácticamente igual en el 33%.

El importante cambio que significó la Reforma universitaria en términos del manejo de las universidades no tuvo sin embargo igual repercusión en la orientación ni en los contenidos, que se mantuvieron dentro de las pautas tradicionales confirmando la tesis ya expresada de la función socio-política de la educación en esos años.

Es interesante ver que al menos hasta la época que estudiamos de 1914, la educación se había constituido también en un importante factor de centralización para el gobierno nacional. Las universidades, los colegios nacionales, y buena parte de la enseñanza primaria dependían del mismo, constituyendo un factor adicional para que el federalismo declarado por la Constitución estuviera muy atemperado por el enorme poder acumulado por el Gobierno Nacional.

Las dos Argentinas

El divergente destino económico del interior que en épocas coloniales dependía del comercio cuyo polo era el centro minero de Potosí en el Alto Perú, interrumpido tanto por la guerra de la independencia como por una profunda decadencia de la producción minera altoperuana, y el del litoral, que pudo aprovechar las condiciones que ofrecía la economía atlántica para la exportación de productos ganaderos, había avanzado ya bastante a la caída de Rosas. Sin embargo, algo quedaba aún de las viejas industrias artesanas provinciales y el tráfico con nuestros vecinos Bolivia y Chile, restablecido luego de las guerras de la independencia, mantuvo la economía de esas provincias

En la segunda mitad del S. XIX va a ser el ferrocarril el que al disminuir los tiempos y costos del transporte interno desde y hacia Buenos Aires, va a vaciar de contenido económico esas viejas actividades que sólo serán reemplazadas por la industria del azúcar en el Norte y la vitivinicultura en Mendoza, fuertemente amparadas por la tarifa aduanera, en una concesión que seguramente tuvo mucho de política para equilibrar, aunque sea de manera parcial, lo que lo que tan fuertemente se había desequilibrado.

Mientras tanto el litoral seguía su destino ascendente multiplicando su población, su producción, y sus exportaciones. Para 1914 las diferencias de riqueza eran alarmantes. Estimaciones ya mencionadas de Alejandro Bunge nos dicen que el 80% de la producción nacional estaba concentrada en la provincia de

Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y la Capital Federal, lo que nos habla de la anemia económica del interior en el que se destacan por su atraso Santiago del Estero, San Luis, Catamarca y La Rioja.

Esta situación de desequilibrio económico que por supuesto conllevó el correspondiente desequilibrio social, va a acompañar a la Argentina por mucho tiempo y va a definir muchos de los problemas sociales y políticos que la Argentina vivirá.

Desde la creación en el interior de un sordo resentimiento hacia la capital expresado en dichos tales como aquél de “Dios está en todas partes pero atiende en Buenos Aires” hasta el voto con los pies de nuestros provincianos que alimentaron con su migración al Gran Buenos Aires y a otras ciudades del litoral.

Son muchos los testimonios de las condiciones laborales de la época y los relatos que contiene la literatura al respecto. Un sólido informe realizado por Bialek Maset en 1904 pinta un panorama ciertamente desolador del trabajo en la producción azucarera del Norte y en la explotación maderera del Chaco.

Georges Clemenceau en sus notas publicadas sobre la Argentina, en general elogiosas, no puede menos que describir muy negativamente las condiciones de vida que apreció al visitar el Ingenio Hilleret: “Las aglomeraciones de las casas obreras son indescriptibles. A ambos lados de una ancha avenida se alinean pequeñas casas bajas donde toda noción de higiene y hasta de la más rudimentaria comodidad parece sin piedad desterrada. Según nuestras ideas de Europa esta gente son miserables”. Recordemos que para estos años la riqueza argentina por persona comparaba muy favorablemente con la de Europa Occidental.

En definitiva, lo que quedaba de la Argentina vieja, de la Argentina no implicada en el boom exportador, había quedado a la vera del camino y su existencia prefería ser cómodamente ignorada por la próspera sociedad del litoral que inclusive presumía de un europeísmo racial que la distinguía del resto de América Latina.

Las bases económicas de la prosperidad argentina

Ese período de 40 años de crecimiento acelerado, entre 1870 y 1910, se asentó en la incorporación de la pampa húmeda a la economía mundial. Para ello era necesario una modificación de las condiciones de transporte marítimo como la que efectivamente tuvo lugar en esos años en los que los fletes para mercaderías tales como el trigo cayeron a menos de la tercera parte de los valores iniciales.²⁴

Por otra parte era necesaria la toma efectiva de posesión del territorio que, mas allá de la línea de frontera estaba en poder de los aborígenes. La campaña del General Roca en 1879 no solo recupero estas tierras sino que acabo con la inseguridad en la frontera.

Pero ello no bastaba, era también necesario que el coste del transporte a los puertos descendiera considerablemente. Ello también fue posible con la vertiginosa extensión del ferrocarril que de 732 kilómetros de vías tendidas en 1870 va a pasar a 33.500 kilómetros de vías tendidas en 1914.

Las tierras no alcanzadas por el ferrocarril sólo eran susceptibles de una explotación ganadera muy precaria y el enorme aumento de la riqueza argentina en el período va a estar asociado a la expansión de la tierra apta, por adecuadamente comunicada, que se va a multiplicar por diez veces en el período, haciendo posible que las superficies cultivadas en la región pampeana pasen de menos de un millón a 20 millones de hectáreas al final del período.²⁵ De allí el incesante crecimiento de las exportaciones hasta la Primera Guerra Mundial que fueron indiscutiblemente el motor del crecimiento económico del que dimos cuenta en el período y el imán para la inversión de capital extranjero y para la cuantiosa inmigración.

Pero las características de la sociedad argentina con su vocación tan urbana y las innumerables tareas que implicaba el acondicionamiento para la exportación y la importación, el crecimiento de las funciones del estado, y el aprovisionamiento del conjunto del país a través de la importación y de una creciente actividad industrial, determinaron que este crecimiento basado en la pujanza de las exportaciones agropecuarias impulsara el crecimiento de las ciudades.

Ríos de tinta han corrido acerca de las características del desarrollo industrial argentino. De una visión que se convirtió en canónica que nos hablaba de un país sin industria hasta los años '30, sucesivas investigaciones

²⁴ Stemmer, Juan E. Briebe, Freight rates in the trade between Europe and South America 1840-1914, *Journal of Latin American Studies*, Vol. 21.

²⁵ Roberto Cortés Conde, *El progreso argentino 1880-1914*, Sudamericana

nos han dado una visión bastante distinta. Las actividades industriales crecieron a lo largo de todo este período a tasas superiores a las del crecimiento de la economía, lo que después de todo no era tan difícil ya que la base industrial inicial era muy endeble.

Distintas circunstancias abrieron un lugar a este desarrollo industrial argentino. En primer lugar las industrias ligadas a la exportación y elaboración de productos locales como los molinos harineros, los lavaderos de lana, los elaboradores de tanino, y los frigoríficos. En segundo lugar, las industrias basadas en la elaboración de productos locales para su consumo en el mercado interno que contaban con ventajas naturales manifiestas. En tercer lugar, aquellas actividades cuya cercanía al mercado es enormemente ventajosa o indispensable, tales como los talleres de reparación y la producción a pedido. Y en último lugar, aquellas que sólo pudieron desarrollarse cuando a las ventajas anteriormente expresadas se le adicionó una protección arancelaria suficiente para hacerles un lugar frente a la competencia importada.

Más allá de estas circunstancias que permitieron la aparición y el desarrollo de ciertas industrias, no hay duda que el principal aliciente fue la expansión del mercado interno y una población que crecía tan aceleradamente al tiempo que la mejora en las comunicaciones consolidaba un mercado auténticamente nacional. Habiendo dicho lo cual es interesante ver que para el período que nos ocupa la industria era responsable de alrededor del 20% del PIB., al tiempo que la agricultura y la ganadería lo eran del 30%. Es interesante destacar acá que para esos años el comercio agregaba un 18,6%, los transportes un 5%, y la construcción un 10,5%.

Habiendo resaltado estas características que desdican en algún grado la falta de un desarrollo industrial para el Centenario y que nos dan idea más bien de una industrialización a mitad de camino para usar la expresión de Fernando Rocchi,²⁶ es oportuno que señalemos también algunas de las debilidades manifiestas de este proceso. En primer lugar, y con la salvedad de las industrias establecidas para exportar la producción ganadera, toda la actividad de la industria argentina estaba destinada al abastecimiento del mercado interno y muy lejos de contar con condiciones tales que les permitiera pensar en la exportación. Esta limitación, que por cierto va a acompañar por mucho tiempo a la industria argentina, va a tener como consecuencia grandes dificultades para alcanzar economías de escala, fuertes oscilaciones en los niveles de venta en una economía tan inestable, y por último y como consecuencia de estas dos realidades, una fuerte tendencia a la formación de mercados oligopólicos.

Es bueno hacer notar que ya en 1914 convivían a la par de una constelación de industrias que eran poco más que talleres, un conjunto de grandes empresas que cubrían rubros tales como la producción de cerveza, fósforos, calzado, algunos textiles, productos metalúrgicos, galletitas, productos lácteos, cigarrillos, envases de vidrio y otros en los que operaban en mercados con bajo nivel de competencia.

De todas formas, la debilidad del desarrollo industrial argentino entre otras cosas por la falta de fuentes de energía locales baratas, por la falta de minerales, en particular hierro, e inclusive por la falta de la fibra textil por antonomasia, el algodón, que sólo se cultivará mucho después, fueron bien resumidas por David Landes: "La industria argentina no fue un conductor sino un pasajero del crecimiento."²⁷

A su vez Adolfo Dorfman en su fundamental Historia de la industria argentina tiene al respecto un párrafo contundente: "Todas las observaciones anteriores nos llevan a concluir en forma terminante, que el desarrollo industrial de la Argentina en 1913 conserva su carácter elemental, primario, ya observado en 1895; sigue a remolque de la producción agropecuaria básica".

Es interesante constatar que como consecuencia de una producción primaria argentina extremadamente eficiente y basada técnicas extensivas de poca densidad de mano de obra, de una industria con las características que hemos recién señalado, y de un sector de servicios muy desarrollado, la distribución del empleo resultaba bastante anómala.

Sergio Bagú, en su Evolución histórica de la estratificación social en la Argentina, incorpora un cuadro en el que compara la población que trabajaba en el sector primario, es decir, agricultura, pesca, y minería, en el sector secundario, industrial, dedicado a la transformación de materias primas en productos finales, y en la actividad terciaria que comprende los servicios. Este último grupo es muy diverso, y abarca actividades tales

²⁶ Fernando Rocchi, *Chimneys in the desert, Industrialization in Argentina during the export boom years 1870-1930*, Stanford University Press

²⁷ David S. Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Javier Vergara, 1999

como transportes, comunicaciones, salud, educación, seguridad, administración, actividades gubernamentales, e incluso el servicio doméstico.

Argentina y Francia: Distribución de la población económicamente activa (1914-1954)

País	Año	Primaria	Secundaria	Terciaria
Argentina	1914	28,8	35,7	35,4
Francia	1954	27,5	37,2	35,3

Nos hace notar la anomalía de la distribución del trabajo en la Argentina. Los argentinos de 1914 distribuyen su trabajo en forma similar a los franceses 40 años después. Si bien la Francia de 1954 conservaba cierto tono preindustrial en sus estructuras agrarias, era un país de alto desarrollo industrial. La Argentina de 1914 estaba muy lejos de poder calificar como un país de alto desarrollo industrial.

El fuerte crecimiento de las ciudades en Europa y en Estados Unidos a lo largo del siglo XIX estuvo fuertemente asociado al desarrollo industrial. Claro está que ese desarrollo industrial se constituyó en la punta de lanza del crecimiento, en el principal factor del crecimiento de la productividad total de esos países. Es ella, la industria, la que orientó el desarrollo económico y aseguró la riqueza de los países. Como sabemos, no fue ese el caso de la Argentina, donde no existe duda alguna de que el crecimiento de la producción rural pampeana ha sido el determinante del crecimiento de la riqueza de estos años y el desarrollo industrial, al menos hasta la gran crisis, su consecuencia.

La rama secundaria en la Argentina de 1914 no cumple la misma función que la de Francia en 1954 y lo mismo vale para la proporción de empleo en la rama terciaria. Es interesante comentar acá que el proceso de desplazamiento del empleo del sector rural al sector industrial y posteriormente del sector industrial al sector terciario o de servicios, ha sido la marcha normal en los países que se han desarrollado. En consecuencia uno podría decir que es un proceso necesario y característico del desarrollo económico. Lo curioso es que tanto en este aspecto, como en el nivel de urbanismo, la Argentina parece llegar a coeficientes que no se compadecen con el nivel de desarrollo logrado. Este problema que nos va a continuar acompañando a lo largo del siglo tiene fuertes implicancias económicas pero probablemente aún mayores en lo social y político.

Todos sabemos de los persistentes mecanismos de racionalización que lleva a los seres humanos a considerar adecuado y justo lo que los beneficia. De allí el sesgo que han ido tomando a lo largo del tiempo las políticas económicas, sociales y culturales de la Argentina, muy condicionadas por la necesidad de ser funcionales a sus poblaciones urbanas muy concentradas en el sector de servicios

No es difícil ver entonces por qué el Partido Radical, que asumirá el poder en 1916, no proponía un programa económico diverso a las tendencias preexistentes sino que se concentraba en temas de interés para la ampliación de las oportunidades de ascenso social de las clases medias. Era, como lo revelan sus éxitos electorales, una receta adecuada para las estructuras sociales del país de la época.

Lo que es prestado no es propio

En la Argentina de aquellos años, a pesar de una distribución de la riqueza que si bien no ha sido medida seguramente apuntaba a la concentración, las tasas de ahorro eran muy bajas. Adam Taylor²⁸ supone una explicación demográfica: El origen mediterráneo de nuestros inmigrantes habría sido responsable de que tuvieran más hijos y en consecuencia, una mayor tasa de dependencia –relación entre los que trabajan y la población total- que dificultaba el ahorro. No parece sin embargo una tesis muy convincente.

Resulta tal vez más rico echar la mirada a la circunstancia de que en 1913 los capitales extranjeros invertidos en la Argentina representaban casi el 50% del total y la mano de obra extranjera se acercaba a los mismos porcentajes. Recordemos que dada la diferente estructura de edades y sexos los inmigrantes participaban en mayor grado en la conformación de la fuerza de trabajo. Pero esto no era gratis, la remuneración de los capitales invertidos en la Argentina, dividendos, intereses, etc., significaba una pesada carga para la economía argentina que para aquellos años rondaba en el 30% de las exportaciones y el 6% del PIB.

²⁸ Taylor, Adam, “External dependence, demographic burdens and Argentine economic decline after the Belle Epoque”, Harvard University

Mucho menos sabemos de las remesas de inmigrantes. Sabemos sí que emigrantes italianos de todo el mundo giraban a Italia fondos de magnitud suficiente como para ser un factor central en su balanza de pagos. También sabemos que hoy, cien años después, cuando el fenómeno de la emigración ha vuelto a tomar creciente importancia, los países latinoamericanos reciben alrededor de 45 mil millones de dólares de sus emigrados que trabajan fundamentalmente en la América anglosajona, y que para muchos de ellos estos números son de capital importancia.²⁹

Las remesas de inmigrantes estaban en principio destinadas a cubrir las necesidades de los que se habían quedado en su país de origen. A poco andar cobraron sin embargo una importancia psicológica mayor, porque el emigrado que había salido a buscar mejores condiciones económicas demostraba así su éxito personal de manera mucho más contundente que con descripciones epistolares. Era tal vez, uno de los elementos más importantes para que otros siguieran el camino de la migración.

Muchos de los bancos de colectividades tuvieron un importante negocio en la administración de estas remesas al punto que el antiguo Banco de Italia y Río de la Plata llegó a abrir sucursales en Milán, Turín, Nápoles y Roma dada la importancia que revestían las relaciones financieras creadas.

Podemos presumir por algunos datos parciales y esporádicos que estas remesas ascendían en la época a alrededor del 3% de nuestro Producto Bruto.

Si buena parte del ahorro del 50% de la fuerza de trabajo era girada al exterior y la totalidad de la ganancia del 50% de los capitales invertidos seguía el mismo destino, pareciera que tenemos una explicación más sólida respecto de la baja tasa de ahorro que restaba en el país.

En definitiva, el hecho de que para la Argentina los recursos productivos no hubieran sido generados en el país sino que hubieran sido tomados "en préstamo" del exterior tenía un costo en el entorno del 9% del Producto Bruto y de más de la tercera parte de las exportaciones que debían abonarse año a año y que restaban del ahorro propio. Ello explica que para la continuidad del proceso de inversiones, muy fuerte en la época, se dependía de un continuo ingreso de capitales lo que resultaba uno de los eslabones más complejos que ataba a la Argentina con el mundo.

Es interesante notar que para la época el ingreso de capitales igualaban las remesas que remuneraban el capital ya invertido, lo que nos muestra un equilibrio endeble en nuestras cuentas externas donde la mera debilidad y ni hablemos de la interrupción del ingreso de capitales pone a la economía en serias dificultades.

Como consecuencia de la progresiva regularización de la economía argentina luego de la crisis de 1890 y de la disciplinada política fiscal y monetaria llevada hasta el Centenario, la tasa de interés que pagaba el país había bajado sistemática y continuamente, y mientras tanto los precios de exportación de nuestros principales productos habían subido consistentemente en estos años.

La consecuencia de estos dos factores junto con el agotamiento del stock de tierras no utilizadas, determinó una enorme valorización de la tierra en el período. Es difícil poder establecer promedios generales en un marco de distintas ubicaciones y tipos de tierra pero en términos generales, pensar que la tierra había multiplicado su valor por cinco o seis veces en los últimos 15 años que anteceden a la Primera Guerra no parece exagerado.

Esta riqueza de origen rural, dada la existencia de grandes terratenientes que poseían un porcentaje significativo de la tierra, dio origen a la visión de la "oligarquía terrateniente" que tanta tinta ha hecho correr en las interpretaciones de nuestro pasado.

Tal vez esta visión haya dejado de lado los enriquecimientos generados en el progreso urbano. El monstruoso crecimiento de Buenos Aires y subsidiariamente de otras ciudades, dio también lugar a la formación de enormes fortunas durante esos años y seguramente por muchos años más. La información al respecto no es abundante. Sin embargo Scobie nos informa que la tierra en la Ciudad de Buenos Aires aumento su valor en 6,33 veces entre 1904 y 1914.³⁰

Esas fortunas de familias, que habían sido en el pasado ricas en tierras pero que ahora eran ricas "a secas", marcaron un comportamiento social basado en una copia superficial del comportamiento de los ricos

²⁹ Vicente Vazquez Presedo, El Caso Argentino, Eudeba 1979

³⁰ James R. Scobie, Buenos Aires del Centro a los Barrios, Solar 1977

Europeos -fundamentalmente franceses- muy alejada sin duda de aquel espíritu calvinista articulado sobre valores morales, austeridad, y ahorro, que había caracterizado, al menos en los ojos de Max Weber, la formación del capitalismo industrial europeo.

Es bien sabido que las clases altas fijan las pautas sociales por las que transcurren luego las clases medias, y esto que es universalmente cierto es particularmente verdadero en América, donde la búsqueda del ascenso social está exacerbada por la inexistencia de estructuras sociales consolidadas a través de los siglos. De allí el tono optimista, gastador, buscador de la apariencia, falsamente despreocupado por el dinero que caracterizó a los argentinos por mucho tiempo.

Claudio Veliz³¹ nos hace notar cómo la imagen, importada de la historia europea, de una burguesía -clase media- que obtiene el poder derrotando a una aristocracia feudal y reorienta las políticas en un sentido modernizante para el conjunto de la sociedad no resulta muy rico para explicar la realidad latinoamericana. En la realidad, la creciente clase media no intentó cambiar el sistema sino que buscó participar en él.

En la Argentina, la acción del Partido Radical corporiza ese ascenso político y posteriormente social de las clases medias, y no es de extrañar que no haya traído dentro de sus aspiraciones el cambio del modelo de inserción con el mundo y de las escalas de valores predominantes en la sociedad. "Resultó evidente que inclusive cuando estos grupos alcanzaron poder político, ellos no implementaron estas reformas y trataron de integrarse en la estructura social existente: lo que pareció para algunos una movilidad social masiva resultó parecerse más a una escalada social institucionalizada"³².

Adelantándonos en el tiempo es interesante ver que cuando de la mano de Perón las clases populares acceden al poder político, su conducta no será sustancialmente distinta en tanto y en cuanto avanzarán hacia una mayor participación en la sociedad y no a su sustancial transformación.

¿Cuál puede ser el origen de estas conductas sociales? -En primer lugar, el convencimiento de los argentinos de vivir en un país rico con un futuro promisorio garantizado y con espacio para esa participación social ampliada. En segundo lugar, es probable que en la experiencia europea la demarcación de los estratos sociales se realizó en función de su ocupación en momentos históricos donde los mismos resultaban fuertemente diferenciados, frente a una realidad latinoamericana donde esa delimitación ocupacional aparece mucho más confusa tanto por nuestra historia como por la estructura ocupacional resultante de la economía de mediados del S. XX respecto de la que se dio en Europa a mediados del S. XIX.

Por otra parte, el acceso a los sectores altos se lograba con ciertos medios económicos pero estos solos no eran suficientes. El uso correcto del lenguaje, del vestido, de ciertas maneras, son también necesarios, pero las clases ascendentes podían pensar que en la Argentina allí estaba el colegio secundario y la universidad para superar los elementos que la cultura paterna inmigrante no daba y que permitían la continuidad del proceso de ascenso social.

Los terratenientes

No podemos hablar de la Argentina de principios de siglo sin una referencia explícita al problema de la distribución de la tierra. La tierra en la Argentina, y en particular en la pampa húmeda, había sido distribuida a lo largo de los siglos XIX y XX entre una población relativamente reducida y con un destino fundamentalmente ganadero. Esto dio lugar a que el grado de concentración de la propiedad fuera muy elevado, y a la enorme valorización de la tierra en el período en que la misma se hizo accesible a través de la extensión de la red ferroviaria. Algunas estimaciones nos permiten pensar que el valor de la tierra rural en la provincia de Buenos Aires se multiplicó por cuarenta entre 1870 y la Primera Guerra Mundial.

Las enormes extensiones de tierra concentradas en pocas manos dieron lugar a grandes fortunas, fortunas que fueron el eje de la alta sociedad porteña durante buena parte del siglo XX. Esta situación no pasó ciertamente inadvertida y buena parte de las interpretaciones de la historia económica argentina, que a partir de los años '30 comienza a recibir la influencia del materialismo histórico y del nacionalismo, ha hecho girar alrededor de este fenómeno la interpretación de los hechos políticos y económicos de la historia moderna.

La combinación de la existencia de estos grandes terratenientes conjuntamente con un muy activo mercado de arrendamiento de tierras en el que en lo que hace a la agricultura, y especialmente a la agricultura del

³¹ Veliz, Claudio, *The politics of conformity in Latin America*, Oxford University Press, 1967

³² Véliz, Claudio, Op. Cit.

maíz, se ve la presencia de numerosos arrendatarios de origen extranjero, preferentemente italianos, llevó a que muchas de esas interpretaciones terminaron estereotipando la organización de la economía rural entre grandes terratenientes y numerosos pequeños arrendatarios. También llevó a adjudicar a estos grandes terratenientes actitudes precapitalistas de raigambre feudal.

Dentro de esta misma tradición de análisis, esta última idea que niega el carácter plenamente capitalista de la economía rural pampeana fue rápidamente abandonada ya que la evidencia no parecía justificarla. En efecto, la forma en que la producción agropecuaria reaccionaba frente a las señales del mercado, y el enorme volumen de transacciones en el mercado de tierras a principios de siglo, indicaban más bien un carácter fuertemente capitalista, inclusive con manifestaciones especulativas. Pero quedó en pie aquel estereotipo de una campaña dominada por grandes estancias acompañadas por una clase de pequeños chacareros arrendatarios indefensos, y en consecuencia explotados, frente a los grandes propietarios.

Recientes avances en la historia rural de los siglos XIX y XX han comenzado a dar una imagen mucho más matizada en la que se distinguen distintas regiones en función del uso del suelo y en función de la antigüedad de su poblamiento y la presencia a la par de la innegable existencia de estos grandes estancieros de un sinnúmero de propietarios menores y de empresarios agropecuarios de muy diverso tamaño. Entre las cosas puestas a luz se destaca el hecho de la existencia de un importante sector de arrendatarios ganaderos que por supuesto se movían en escalas de explotación sustancialmente mayores a los arrendatarios agrícolas. El dato que sin duda es característico de nuestra economía rural pampeana es una enorme flexibilidad en la articulación de distintos arreglos económicos para la producción, condicionados siempre a las características económicas y tecnológicas de cada momento.

Estos nuevos análisis destacan que si bien la gran propiedad comprendía entre el 25 y el 30% de la tierra pampeana también debe prestarse atención a los productores medianos y pequeños que ocupaban el resto. Estos nuevos análisis al centrarse en el aspecto puramente económico, dejan de lado la importancia que la existencia de esas grandes fortunas agropecuarias tuvo en la articulación de la sociedad argentina. En efecto, para el Centenario no había dudas de que este grupo de grandes terratenientes ocupaba la cúpula de la sociedad argentina y que controlaba la alta sociedad de Buenos Aires.

Otros análisis sobre los mecanismos de control político de la época parecen indicar que dentro de las viejas clases patricias que mantuvieron el poder -al menos hasta el acceso del Radicalismo-, se generó una auténtica clase política que como tal cumplía sus funciones articulando y arbitrando entre los distintos sectores sociales, y que por cierto no dejaba de tener importantes relaciones con este sector de terratenientes que dominaba el escenario social porteño pero que practicaba el control político sobre el agro pampeano no a través de los mismos sino a través de máquinas partidarias estructuradas separadamente, y cuyos actores no eran por cierto los grandes terratenientes sino una densa red de caudillos locales.

Algunos observadores perceptivos no dejaron de ver que los negocios urbanos, y muchas veces el ejercicio de la política constituyeron un camino de acceso para integrar la clase terrateniente más frecuentemente que la situación inversa, en la que la pertenencia al sector terrateniente significaba un camino de acceso a la política.

Esa clase política también articulaba los intereses del resto de los sectores económicos que crecieron enormemente en importancia en estos años y que van de las distintas manifestaciones del capitalismo urbano a los diversos intereses del capital extranjero invertido en el país. También en esta visión de la política aparece una mucha mayor complejidad que la aleja del estereotipo de una clase terrateniente manejando a la par que todos los resortes de la economía rural todos los resortes de la vida política local. Ello nos lleva a la idea seguramente más realista de una Argentina y de un sector rural mucho más compleja que la que surge de esta visión estereotipada, a partir de la cual no se hace sencillo explicar la política y la economía argentinas.

Por otra parte, aún algunos de los corolarios y supuestos de aquella visión casi canónica de la Argentina, el de la asociación de intereses entre capital extranjero y los terratenientes locales, no resiste tampoco un análisis riguroso. Ciertamente es que mientras el capital extranjero tendía los rieles que valorizaban la pampa, establecía los frigoríficos y las líneas de transporte marítimo, había un interés concurrente que dejará de serlo cuando hablemos de precios de transporte, precios del ganado, y comercialización de cereales. Después de todo, las bases del extendido nacionalismo que la Argentina desarrolló a partir de los años '30 pero que se había manifestado mucho antes, especialmente en relación a la crisis de 1890, puede leerse como una respuesta a la enorme extensión que los intereses extranjeros tenían en la economía de la época.

Los ferrocarriles británicos, la mayor inversión extranjera en la Argentina, tuvieron una relación con el Gobierno y con la opinión pública plena de fricciones. Aun antes de la crisis de 1890 las quejas por la calidad del servicio llevaron al Gobierno de Juárez Celman a enfrentarlos reclamando una ampliación de las inversiones en material rodante bajo la amenaza de suspender el pago de las garantías.³³

La crisis de 1890 fue rodeada de un sentimiento antiextranjero muy amplio. Un impuesto especial fue creado para los bancos extranjeros que operaban en el país y las discusiones acerca de la deuda y del pago de la garantía de rentabilidad a los ferrocarriles fueron un tema candente para la opinión pública de la época.

Con la llegada de los gobiernos radicales la situación se tensó aun más. Las resistencias oficiales a la suba de tarifas, especialmente las referidas a cereales provocaron frecuentes fricciones. Las compañías inglesas de tranvías tuvieron relaciones aun más difíciles con las autoridades municipales.³⁴

Cuando la crisis que siguió a la primera guerra mundial golpeo muy fuertemente a la Argentina, en particular a su sector ganadero, la Sociedad Rural Argentina promoverá la intervención del Estado en el comercio de carnes. Por iniciativa del Gobierno de Alvear se dictaran normas para la comercialización de ganado incluyendo la fijación de precios mínimos. Los frigoríficos reaccionaron suspendiendo sus compras y en definitiva el Gobierno se vio obligado a ceder ante ellos. No es de extrañar que luego de la crisis de 1930 reaparezca en el sector ganadero y en la opinión pública una fuerte reacción ante los mismos.³⁵

Como vemos la opinión pública argentina respecto al capital extranjero, especialmente al invertido en servicios públicos, no necesito esperar a la aparición de revisionismo económico para formarse opiniones negativas. Los conflictos de interés estuvieron siempre presentes.

Valga esta digresión para comprender cuánto más compleja era la sociedad que se configuraba en los momentos en que se cerraba el proceso de expansión horizontal de la explotación agropecuaria de la pampa y que no hacían sino señalar o acotar las enormes dificultades que la Argentina tendría en el futuro para articular consensos amplios en relación a su destino. Sin duda que la presencia de la arrogante riqueza de un grupo de terratenientes sería una de ellas, pero también es cierto que las hostilidades concretas del ánimo de los argentinos se dirigieron siempre más a lo extranjero que a esta clase terrateniente autóctona. De todas formas, veremos que en lo económico la renta de la tierra pampeana será hasta nuestros días un eje de las políticas cambiarias y fiscales argentinas, que habrán de estar siempre atentas al bienestar de las masas urbanas en un país que por otra parte, se urbaniza más y más a lo largo del siglo XX para llegar a que casi un 90% de su población revista tal carácter.

Los argentinos y la agricultura

Es interesante hacer notar que a pesar de que la agricultura resultó ser la espina dorsal de la economía argentina, o por lo menos, de su capacidad exportadora, los argentinos nunca estuvieron enamorados de la misma. Ya bien a principios de siglo parecía pesar en la mentalidad de los técnicos del Ministerio de Agricultura un cierto desencanto de que el poblamiento de la campaña no se había desarrollado de acuerdo a la idílica visión de mediados del siglo XIX de una reproducción en el campo argentino de lo que se imaginaba ser el campo europeo o americano, sino que había adquirido estas características aún más capitalistas que el modelo ideal.

Halperín Donghi, en su trabajo "Canción de otoño en primavera", hace un brillante análisis de esta circunstancia. Tal vez esta misma circunstancia sea responsable de la notoria inacción del Estado argentino para la mejora de la agricultura. En muchos aspectos donde la acción colectiva es indispensable, como por ejemplo el desarrollo y la extensión tecnológica, el mejoramiento y abaratamiento de los transportes, y la mejora de los mecanismos de comercialización y financiación, la acción del Estado argentino ha sido siempre muy pobre, al menos cuando la comparamos con países como Canadá, Australia, o Estados Unidos, que tenían también amplios sectores agropecuarios en desarrollo.

A pesar de que fueron los adelantos tecnológicos los que cambiaron el destino de la Argentina a partir de 1870, pareciera que nunca se creyó mucho en la tecnología, o al menos que nunca se consideró necesario realizar esfuerzos específicos. En materia de transportes la tardanza argentina en introducir el transporte a granel de cereales es verdaderamente notable, tanto como la falta de esfuerzos para la tipificación y

³³ Winthrop R. Wright, *British-Owned Railways in Argentina*, University of Texas Press, 1974

³⁴ Paul B. Goodwin, *Los Ferrocarriles Británicos y la UCR*, Ediciones La Bastilla, 1974

³⁵ Peter H. Smith, *Carne y Política en la Argentina*, Paidós, 1983

mejoramiento de la producción local. Es así que el desarrollo tecnológico quedó librado a la iniciativa privada, lo que vale decir a los vendedores de maquinaria agrícola, de semillas, de fertilizantes y plaguicidas que por otra parte, unida a la plasticidad productiva del sector logró que hacia 1930 los rendimientos agrícolas argentinos no desmerecieran en relación a otros países de producción extensiva.

La política del Centenario

El sistema político organizado por el General Roca en 1890 y que perdurara hasta el ascenso al poder del radicalismo en 1916 respetaba formalmente la Constitución Nacional. Sin embargo el sistema electoral basado en el voto cantado y en elecciones plagadas de violencia aseguraba el triunfo del que controlaba el territorio. Los Gobernadores de Provincia resultaban así los verdaderos electores, pero ellos a su vez dependían para su subsistencia del enorme poder del Ejecutivo Nacional. La competencia política se daba entonces entre ese reducido grupo de hombres y el sistema que aseguraba su permanencia,

José Luís Matienzo, un miembro de ese grupo definía hacia 1910 la situación de esta manera: “Los gobernantes se reclutan en una clase de ciudadanos que, si bien no constituyen propiamente una casta, forman por lo menos una clase dirigente.....Esa clase corresponde aproximadamente a la primera capa social, formada por los miembros de las familias tradicionales, por los ricos y por los hombres ilustrados. Los miembros de esta clase dirigente mantienen entre si relaciones sociales y económicas mas o menos estrechas y comparten, como es natural, opiniones y sentimientos comunes.....”

Las interpretaciones más al uso del significado del Partido Autonomista Nacional, que fue el que detentó el poder en la Argentina durante el período de mayor crecimiento económico (1880-1916), ha sido que el mismo representaba exclusivamente a los intereses terratenientes. Esta simplificación, paralela a la que definía al sector agropecuario argentino como constituido exclusivamente por grandes terratenientes, está siendo hoy matizada en una revisión de nuestra historia agraria por un lado y de las relaciones de los grandes terratenientes con el poder por el otro.

La idea de que en la Argentina existían grandes terratenientes y que estos grandes terratenientes marcaban el tono de la alta sociedad porteña es indiscutible. Sin embargo, a su lado convivía una gradación de empresarios agropecuarios menores, propietarios o no de tierras, cuya importancia económica era indiscutible, aunque no se proyectaban en prestigio y presencia en la sociedad. Del mismo modo no podemos negar que alrededor del Partido Autonomista Nacional se conformó una clase política que como toda clase política debía arbitrar y arbitró entre los distintos elementos que componen una sociedad y su economía de forma tal de hacer viable su funcionamiento.

Como ya hemos visto más atrás, las actividades económicas en la Argentina eran ya muy complejas e inclusive no faltaban intereses muy importantes en la industria, el comercio, los transportes, y la construcción que empleaban más del 50% de la población argentina.

Es así que esta clase política debía tener en cuenta no solamente los intereses de esa clase terrateniente sino también los de la enorme economía urbana, los de los capitales extranjeros existentes en el país y en última instancia, la existencia de los que Hilda Sabato ha llamado de manera tan pertinente “la política en las calles”.

La Argentina gozó durante estos años de una amplísima libertad de prensa que se manifestaba en forma más plural que en nuestros días, y esta circunstancia sumada al activismo de muchos grupos, daban un gran vigor a la vida política por encima del monótono sistema que bajo la apariencia de instituciones democráticas aseguraba la designación de las autoridades al partido gobernante.

Lamentablemente, más allá de la frase fundacional del Gral. Roca, “paz y administración”, el partido descansaba sobre una alianza de situaciones provinciales y liderazgos personales. Los hechos iban a demostrar la poca consistencia del mismo cuando tocó la hora del funcionamiento pleno de la democracia.

Dentro del grupo humano que integraba los cuadros directivos del Partido Autonomista Nacional no dejaban de existir conflictos. En particular el conflicto generado entre el Gral. Roca y Carlos Pellegrini, que va a tener como consecuencia la pérdida de influencia del grupo roquista y el avance del grupo que Eduardo Zimmermann calificó como “liberales reformistas”.

Los liberales reformistas, cuyo acceso al poder queda definitivamente consolidado con la elección de Roque Sáenz Peña en 1910, veía la necesidad de introducir profundos cambios en el sistema para asegurar su continuidad. Cambios que significaban mejoras en la legislación social, que en definitiva no se concretaron, y,

fundamentalmente la reforma política que permitiera considerar a los gobiernos como legítimamente elegidos, superando los vicios del sistema electoral más arriba comentado.

Estas ideas no eran del todo compatibles con los grupos políticos que controlaban la situación en las provincias ni era totalmente compartida por el conjunto de los integrantes del Partido Autonomista Nacional. Cuando Roque Sáenz Peña diseña la ley electoral, lo hace en el convencimiento de que la misma permitiría una incorporación progresiva de la oposición radical, pero que, en definitiva, el grupo conservador-liberal reunido alrededor del P.A.N. estaría en condiciones de mantener el poder.

En los hechos estas mismas divisiones internas terminaron dificultando el logro de este objetivo y permitiendo el triunfo del Radicalismo. De la misma manera, esta falta de consistencia interna alrededor de un ideario común resultó muy poco funcional para un reagrupamiento de fuerzas políticas capaces de instaurar una democracia de alternancia que hubiera resultado más eficaz para la futura gobernabilidad del país.

Es probable que la enorme concentración de poder en el Poder Ejecutivo nacional diseñada en la Constitución inspirada por Alberdi pero llevada a sus últimas consecuencias por el Partido Autonomista Nacional, haya tenido influencia en esta conducta poco funcional del sistema político argentino. En los gobiernos del P.A.N. el ambiente relativamente cerrado y de alta relación personal y social de sus integrantes matizaba esta autocracia del Presidente, pero en los partidos populares el poder del Presidente resultó indispensable para mantener la unión del conjunto.

Es tentador aquí recordar la función primordial de la política para la conformación del país y ello es doblemente cierto en un país que como hemos visto estaba aún, a pesar de sus éxitos económicos, en plena formación, digiriendo la enorme masa de inmigrantes y necesitando crear los marcos institucionales de su futuro y definir el rumbo de su economía.

Si bien es cierto que los gobiernos en definitiva responden a la estructura social que los determina, también es cierto que ellos determinan el rumbo por el cual deberá transitar la sociedad y la economía. Es entonces claro que la política y las dificultades de una adecuada estructuración política han sido uno de los materiales con los que se construyó la pérdida de dinamismo de la Argentina como país a lo largo del S. XX.

La Generación del '80, tan eficiente en proyectar el crecimiento argentino, no lo fue en lograr una transición ordenada y creativa hacia un sistema democrático viable y eficaz. Probablemente el P.A.N. se abroqueló demasiado tiempo en la exclusividad del poder y no tuvo la grandeza de abrir antes las puertas al juego democrático y probablemente, cuando en 1912 Roque Sáenz Peña diseña el nuevo sistema electoral pensando sin duda que el mismo permitiría conservar el poder dentro de un juego democrático, no pudo prever que las elecciones de 1916 se darían en circunstancias tan negativas para la economía argentina como las que generó la Primera Guerra Mundial y que seguramente reforzaron las posibilidades de la oposición.

Visión de conjunto de la Argentina del Centenario

Hemos pasado revista, bien que a vuelo de pájaro, a diversos aspectos de nuestra realidad en aquellos años. Hemos visto cómo se vivió la fecha como una culminación del vertiginoso crecimiento de los anteriores treinta años, la euforia, el convencimiento de un futuro promisorio virtualmente garantido; hemos pasado revista a muchas de las debilidades que mirando de cerca presentaba la realidad. Es así que vimos las dificultades de construcción social en un proceso migratorio de proporciones inéditas, el costo que implicaba para la economía el hecho de que los recursos productivos, capital y trabajo, no hubieran sido generados en el país; la fragilidad que la baja tasa de ahorro resultante y la consecuente necesidad de capital externo para la continuidad del proceso de inversión daban a la economía argentina. Hemos visto los problemas de la distribución espacial de la población y de la riqueza, y la enorme concentración alrededor de la ciudad de Buenos Aires que el modelo de exportación pampeana e integración a la economía atlántica sobreimpuestos a la sociedad tradicional preexistente generó.

Hemos apreciado luego cómo el acelerado proceso de modernización económica, con la consecuente modificación de las estructuras sociales, no resultó acompañado por la creación de las instituciones políticas igualmente modernizadas. Vale la pena aquí una digresión: Ha sido muy frecuente a partir de los años '60 y aún hoy reaparece de tanto en tanto, una comparación de la evolución económica argentina respecto de la australiana y canadiense, a las que se les adjudica paralelismos y semejanzas que lo ameritan.

Es cierto que esos países participaron de la gran expansión del comercio internacional de la segunda mitad del S. XIX como exportadores de productos primarios y que fueron receptores de parte importante del flujo migratorio europeo. Es cierto que enormes extensiones de tierra no incorporadas hasta entonces a la producción lo hicieron en estos años sustentando estos procesos. Pero parecería que hemos prestado menos atención a las diferencias. Tanto en Australia como en el Canadá inglés no existía una vieja sociedad que había conformado su estratificación social a lo largo de siglos y en cuya base poblacional se encontraban los hijos de la tierra, fruto de un antiguo proceso de mestizaje. También es cierto que las políticas inmigratorias australiana y canadiense hasta muy recientemente fueron enormemente limitativas, y concentradas casi con exclusividad en inmigrantes provenientes de las Islas Británicas.

Tampoco es fácil comparar el proceso gradual mediante el que estos países ganaron su independencia respecto del gobierno inglés con la prolongada guerra de independencia y las tumultuosas guerras civiles argentinas del S. XIX que desembocaron en nuestra particular organización política e institucional. Recordemos que aún hoy estos países reconocen como reina a la Reina de Inglaterra.

Podríamos decir que estos países fueron sucursales de la Inglaterra imperial y próspera de la época victoriana y eduardiana, y que recibieron llave en mano la organización jurídica e institucional inglesa. Es notable que todavía hoy los partidos políticos tengan las mismas divisiones y denominación que en Inglaterra. También es cierto que estos países siguieron y siguen siendo integrantes de un mundo anglosajón al cual acompañaron y acompañan sin vacilaciones a la hora de los emprendimientos militares.

Sin duda que podrían agregarse aún diferencias estrictamente económicas nacidas de distinta dotación de factores -mayor importancia de la minería-, y de ubicación geográfica -vecindad de Canadá con los Estados Unidos y de Australia con el Sudeste asiático-, pero aún sin hacerlo, las diferencias que ya hemos señalado en la conformación social y política deberán aconsejar mucha cautela al realizar estas comparaciones.

Es interesante notar que en el caso del Canadá, los avatares de la historia reunieron al Canadá inglés y el Canadá francés, cuyo poblamiento era mucho más antiguo y mantenía pautas heredadas de la Francia pre-revolucionaria. Vale la pena notar el relativo retraso durante buena parte del S. XIX y del S. XX de esa provincia francesa del Canadá respecto del resto de habla inglesa, y que sólo el continuado progreso económico canadiense ha terminado por superar. Vale esto como un ejemplo de la importancia económica de las estructuras sociales preexistentes.³⁶

Por supuesto que no es necesario hacer hincapié en la diferente marcha de la economía argentina respecto de Australia y Canadá para dar cuenta de que a lo largo del corto S. XX, tal como lo define Hobsbawm, el desarrollo argentino ha sido insatisfactorio. Basta una comparación con la economía mundial, con la economía del resto de los países de Latinoamérica, con la economía de los países centrales, o con la economía de los países de la periferia europea, para darnos cuenta de que el retraso relativo argentino es real y aparece magnificado por las expectativas que al respecto el país se había formado.

³⁶ Egnal, Marc, *Divergent paths*, Oxford University Press, 1996